

JÓVENES Y VALORES (II)

LOS DISCURSOS



JÓVENES Y VALORES (II)

LOS DISCURSOS

Ignacio Megías Quirós

© FAD, 2014

Edita:

Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud
Fundación de Ayuda contra la Drogadicción (FAD)
Avda. de Burgos, 1 y 3
28036 Madrid
Teléfono: 91 383 83 48
Fax: 91 302 69 79

Autor:

Ignacio Megias Quirós

Diseño de cubierta:

Estudio Chimeno

Maquetación:

Ediciones Digitales 64

ISBN:

978-84-92454-28-0

PRESENTACIÓN

El análisis de los valores de los jóvenes españoles quedaría incompleto sin la mirada en profundidad que proporciona el análisis de los discursos. La libertad expresiva que puede propiciarse en las dinámicas grupales, la autonomía en el desarrollo discursivo, la potenciación reflexiva que aportan los diferentes puntos de vista, son elementos impagables para comprender las posturas éticas y los objetivos finalistas de chicos y chicas.

Mucho más en momentos como el actual en que la prolongada crisis social, los cambios de referentes, incluso la evolución de nuestro modelo de integración y convivencia, hacen que las posturas se modifiquen y se hagan menos fáciles de interpretar, y que los pensamientos aparezcan más complejos y se muestren cambiantes, cuando no confusos.

El CRS sabía que tenía que enfrentar ese empeño y no quería ni podía evadirlo. Éste es el resultado; y creemos que justifica sobradamente el esfuerzo.

J. Ignacio Calderón Balanzategui
Director General
Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud

1. Introducción y metodología	6
2. Valores y crisis	10
2.1. El telón de fondo	12
2.2. Los palos en las ruedas	15
2.3. El miedo y su impacto	20
3. Sentimiento de clase, política y tecnología	31
3.1. Sentimiento de clase	31
3.2. Política	34
3.3. La importancia de las TIC	37
4. Hacia el futuro	44
4.1. La vía normativa	44
4.2. Un camino difícil	52
4.3. Recursos para el futuro	61
5. Resumiendo	71
Bibliografía	80

1. INTRODUCCIÓN Y METODOLOGÍA

En *Jóvenes y valores (I)*. Un ensayo de tipología se abordó una lectura cuantitativa de los diferentes aspectos que construyen el horizonte ético, teleológico, finalista, de los jóvenes españoles. Lógicamente, la necesidad de desvelar tendencias obligó a utilizar instrumentos de estudio y medida que se hubieran empleado en investigaciones anteriores; pero esta exigencia no impidió enriquecer el cuestionario con aquellos interrogantes que vienen determinados por la actualidad y por los cambios sociales.

En los cortes anteriores de los estudios de valores siempre se incluyó un análisis de carácter cualitativo. Sin entrar en consideraciones metodológicas de posibilidades y límites, de ventajas e inconvenientes, es obvio que el análisis de los discursos, careciendo de representatividad desde el rigor estadístico, permite una profundización en los conceptos que enriquecen enormemente la comprensión y la interpretación de los fríos datos numéricos. Todos los anteriores estudios sobre valores incluían el trabajo con grupos de discusión, y en este caso ni queríamos ni podíamos obrar de otra forma.

El resultado ha sido tan rico, se han cubierto tan ampliamente nuestras expectativas, que nos ha parecido que valía la pena un tratamiento editorial diferenciado. Así, presentamos este *Jóvenes y valores (II)*. *Los discursos* que, aunque puede integrarse en el texto anterior formando un todo, también (por su enfoque, por su globalidad y por su riqueza de contenidos) puede ser tratado como una monografía independiente.

Lo primero que conviene señalar en relación con la metodología de elaboración de este informe son los cambios de enfoque adoptados respecto a investigaciones anteriores. Si bien no existían dudas en relación a lo idóneo de emplear la técnica de los grupos de discusión como mejor manera de abordar los discursos, expectativas, y argumentos latentes sobre los valores, además de cómo complemento perfecto para el análisis cuantitativo, para el desarrollo de los grupos se optó por un enfoque distinto.

En 2006 se organizaron las dinámicas en torno a determinados iconos (fotografías) que representaban una serie de valores (dinero, amistad, política, consumo, etc., etc.), y que servían para generar las dinámicas grupales y provocar las conversaciones. Iconos que, por otra parte, también componían una batería de preguntas en el cuestionario de la encuesta. En esta ocasión se decidió suprimir los iconos del cuestionario, también como recurso para los grupos de discusión. Mientras en la encuesta se consideraba que otras preguntas podrían aportar información más sustancial o relevante, al plantear a las dinámicas cualitativas los motivos iban más allá. En 2006 comprobamos los inconvenientes de generar discurso a partir de las imágenes propuestas, que

seguramente encorsetaban en exceso los relatos grupales, limitaban la capacidad de interrelacionar argumentos y valores, y dificultaban realizar un análisis multicompreensivo¹. Por ello en el presente estudio se optó por suprimirlas, algo además consecuente con el hecho de que la encuesta tampoco se incorporaban.

A partir de esta premisa, el enfoque de los grupos de discusión fue más tradicional, en el sentido de más abierto, menos dirigido y más flexible en su desarrollo.

La experiencia en pasadas investigaciones sobre valores (Megías, 2001; Megías y Elzo, 2006; Megías, 2010) dejaba bien claro la dificultad de realizar grupos con jóvenes (y con adultos también) en torno a temas tan abstractos como éste, respecto a los cuales suele ser común encontrar dificultades a la hora de elaborar discurso². Por ello, y también porque la situación y el contexto social lo requerían, la breve guía que sirvió para preparar y articular los grupos tuvo algunos apoyos que referían a los participantes a temas de actualidad, respecto a los que podían desenvolverse con mayor facilidad, y que sin duda están directamente relacionados con los valores, y la manera en que ahora se interpretan.

Es más, sin esas referencias de actualidad no hubiera tenido sentido un acercamiento a los valores en el momento en que se hizo, algo que además tuvimos ocasión de comprobar de primera mano en muy recientes investigaciones, que también emplearon metodología cualitativa (Rodríguez y Ballesteros, 2013; Megías y Rodríguez, 2013). El principal tema de referencia, como no podía ser de otra manera por estar omnipresente en todas las conversaciones desde 2010, era la crisis, sus consecuencias y derivas. Tema que todo lo empapa (también los valores), y respecto al que suele resultar fácil general conversaciones. Al hilo de la crisis también se podía generar debate en torno al concepto de ciudadanía, las formas de gobierno, la política y la participación ciudadana.

Otro tema recurrente era el de las nuevas tecnologías como elemento que, sin duda, sitúa las relaciones personales en un nuevo espacio, ante nuevos referentes y expectativas. Todo ello tiene que ver mucho con valores, por supuesto.

Así, tras un comienzo de dinámica grupal en el que se planteaba el tema de forma abierta y genérica, alrededor del tipo de cosas que sustentan y definen la sociedad actual, el desarrollo de cada grupo definiría la manera de abordar los objetivos propuestos, siempre con los mencionados temas como pilares de referencia (en ocasiones no era necesario aludir a ellos, pues se hacía de forma espontánea por parte del grupo). A partir de ese planteamiento general, a continuación reflejamos la guía implícita en las dinámicas, absolutamente flexible y moldeable, siempre supeditada al brote de algún nuevo elemento discursivo grupal, y al margen de cualquier juego de preguntas y respuestas.

1. Las dificultades se explican en Megías y Elzo, 2006: 29-30.

2. De hecho, la inserción de los iconos en la anterior oleada pretendía, en parte, superar tal dificultad.

GUÍA IMPLÍCITA DE LOS GRUPOS DE DISCUSIÓN

1. Percepción general sobre las cosas que “importan” y “sustentan” la sociedad actual. ¿Asistimos a cambios sociales? ¿Existen nuevas prioridades?
2. ¿Puede ser la crisis un punto de inflexión o una oportunidad de cambio?
 - Nuevos valores, valores operativos, valores deseables.
 - La necesidad de cambio, lo que cambiará y lo que permanecerá.
 - Austeridad/consumismo.
 - Solidaridad/insolidaridad.
 - Justicia.
 - Compromiso social y activismo.
 - Lo público y lo privado.
 - La seguridad/estabilidad.
 - Vulnerabilidad. Confianza/desconfianza. Pesimismo.
 - Rebeldía.
 - Responsabilidad.
3. Consideraciones sobre la manera en que las formas de gobierno y de poder pueden modular, influir o determinar un nuevo sistema de valores.
 - Liberalismo, mercado. . .
 - Valores “morales” (familia, patria, seguridad, mérito, orden. . .) frente a “sociales” (responsabilidad, servicio público, universalidad, solidaridad. . .).
 - El uso ideológico del lenguaje moral/de valores.
4. ¿El nuevo escenario tecnológico provoca cambios en valores?
 - Intimidad, privacidad.
 - La inteligencia, lo práctico, la autonomía, el esfuerzo, (cuestionamiento de) la autoridad, la criba/selección. . .
5. ¿Existen diferencias generacionales en relación a los valores?
6. Perspectiva diferencial (o no) desde lo “nacional”: ¿tenemos valores distintos a otros países?
7. El futuro.

DISEÑO DE LOS GRUPOS

Al igual que en 2006, las variables seleccionadas para diseñar los grupos de discusión fueron la edad (en los mismos tramos: 16-17, 18-20 y 21-24), la clase social (media-baja, media-media y

media-alta), el género (grupos mixtos y diferenciados por sexo) y la localidad (en este caso, buscando núcleos urbanos de diferentes características: Madrid, Barcelona, Bilbao y Córdoba).

Sin embargo, mientras en 2006 se hicieron seis grupos, en esta ocasión fueron ocho. Con esos dos grupos de más pudimos optar a tener una más variada representación de la clase media-media (respecto a 2006, más variada en edad, y en localidad), así como de las diferencias por sexo en los distintos tramos de edad (en 2006 sólo contábamos con diferencias por sexo en el tramo 16-17).

EDAD	CLASE MEDIA-BAJA	CLASE MEDIA	CLASE MEDIA-ALTA
16-17 años		CHICAS Madrid	
		CHICOS Madrid	
18-20 años	MIXTO Barcelona	CHICAS Córdoba	MIXTO Bilbao
21-24 años	MIXTO Bilbao	CHICOS Barcelona	MIXTO Córdoba

Los grupos estaban compuestos por ocho personas (cuatro hombres y cuatro mujeres, en el caso de los mixtos), que no se conocían entre sí. Los grupos discurrieron con normalidad, y las conversaciones fueron fluidas y ricas en información. Las reuniones (con una duración máxima de dos horas) fueron grabadas y posteriormente transcritas para su análisis. A lo largo del informe se desglosarán citas literales de los grupos de discusión, en las cuales irá convenientemente indicado el grupo de referencia (ciudad, género, edad y clase social).

El trabajo de campo fue realizado en octubre de 2013.

2. VALORES Y CRISIS

Resulta evidente que la grave crisis económica que desde 2008¹ afecta a España y al mundo influye de manera directa en las expectativas, las percepciones y el estado de ánimo de la gente. Muchas personas atraviesan momentos complicados que, sin duda, pueden haber generado cambios en sus prioridades vitales, y pueden reorientar algunos de los principios que guiaban su comportamiento años atrás. Y quienes capean la crisis desde posiciones menos críticas o más acomodadas, tampoco pueden abstraerse de un clima social que redefine el terreno de juego en el que se analizan y abanderan los valores. En este contexto, se extiende la asunción de que “algo ha cambiado”, y no sólo en lo que se refiere a los indicadores macro o microeconómicos. Así, el clima general asocia irremediabilmente a esta crisis económica un escenario de crisis de valores.

—Pero es a todas las escalas, lo de la crisis de valores. No hay valores de nada.

—Ni como país, ni como nada. No tenemos sentimiento como nación, no tenemos respeto para los mayores; que sí, que habrá quién sí... vale. Pero que por norma general, a la gente le importa un pepino todo. Eso también es una crisis de valores.

CÓRDOBA, MIXTO, 21-24, MEDIA-ALTA

El “algo ha cambiado” tiende a interpretarse como “algo hemos perdido”, en un proceso que avanza paralelo, sin duda, a la percepción de que en el discurrir de la crisis hemos ido perdiendo no pocos derechos civiles y sociales (laborales, asociados al Estado de bienestar, etc.); algo que tiene reflejo directo en la manera en que estamos en sociedad, interactuamos como ciudadanos, generamos nuestras expectativas e interpretamos lo que nos rodea. Discurso en clave de pérdida, también en relación al sistema de valores, que parte del convencimiento de que una sociedad más hostil con las personas provoca que se agudicen las tendencias individualistas y se resquebraje la unidad de los valores *bienpensantes* y del *deber ser* (solidaridad, tolerancia...). Reinterpretación que explica en parte lo que ocurría antes de la crisis, y que ahora puede contribuir a justificar un acomodamiento de valores.

Esto, que en sí mismo no es nuevo (Megías y Elzo, 2006; Megías, 2010), en este escenario tiende a concretarse de manera más cruda en torno a los valores afectados directamente por la esfera material y estructural, desde el argumento de que todo queda supeditado a la supervivencia y a la búsqueda de estabilidad en la economía doméstica, y a partir de esta convicción se ponen en cuestión las certidumbres más consolidadas. Tampoco es nuevo el argumento de que el dinero

1. Ya hemos dicho en varias ocasiones que, por mucho que su origen financiero esté en 2008, la crisis, como realidad social en España no comienza hasta 2010, cuando el entonces Presidente del Gobierno anuncia a los españoles toda una serie de graves recortes que afectan a amplios grupos de población. Es entonces cuando la ciudadanía, hasta ese momento agazapada y a la espera de volver a la situación anterior, toma conciencia de que la cosa es seria, va para largo, va a afectar a la gran mayoría y obliga a cambiar de posturas (se hace evidente que, probablemente, no se recupere la situación anterior).

“es la base de todo” (Megías y Elzo, 2006; Megías, 2010), pero sí el hecho de que la desfavorable coyuntura establezca el listón de esa base en unos límites antes desconocidos, rebajando las expectativas y las percepciones en relación a los estándares de calidad, a cuestiones puramente económicas, de aprovisionamiento y subsistencia, pero también en relación a los principios y valores. Instaurando, a todos los niveles, una vida de bajo coste o *low cost*.

—En el sentido del dinero, ahora se están haciendo las cosas low cost, y eso va a ser una forma de vida. Todo va a ser así. Pero el capital va a seguir siendo la base de nuestra vida.

BILBAO, MIXTO, 18-20, MEDIA-ALTA

A pesar de todo, de la asunción de que la situación no es buena, lo cierto es que el discurso general incide en el plano colectivo (la situación de España como país), frente a la personalización. En el plano económico y de integración social cada familia vivirá una situación distinta, en función de la cual algunas personas pueden planear cuestiones y necesidades más o menos límite. Pero cuando el análisis se traslada al terreno de los valores, resulta evidente que prácticamente nadie se posiciona en lo que entienden sería el último eslabón de la cadena. Es decir, que pese a dibujar un panorama de “pérdida” de valores (cambio de unos por otros, o reajuste en la priorización), se tiende a proyectar las consecuencias de esa “pérdida” sobre las generaciones venideras, que serán las que, teóricamente, vivirán plenamente integradas en un contexto social determinado por la semilla (del mal) plantada en el momento actual. En definitiva, un “yo no estoy tan mal”, que nos sitúa ante una generación que es perfectamente consciente de los cambios que la crisis está produciendo sobre algunos de los principios y valores que ordenan la convivencia, pero que se resiste a situarse bajo el foco de la responsabilidad que supone dar carta de naturaleza a esos valores, con los que conviven sin entusiasmo y prácticamente desde la resignación. Eso sí, desde una perspectiva que, quizás por primera vez de forma explícita, considera que su propia generación está inserta en el proceso de transformación (a peor) de valores; como ilustra la siguiente cita cuando hacen referencia a su situación en relación a la de sus hermanos mayores.

—Yo creo que la generación que viene después que nosotros es todavía muchísimo peor.

—Muchísimo peor.

—Exactamente.

—Muchísimo peor. Nosotros que vamos a tener el día de mañana que vivir de ellos. . . Vamos. . . yo creo que va a ser muchísimo peor. Yo tengo hermanos más mayores y mis hermanos con mi edad eran de otra forma.

CÓRDOBA, CHICAS, 18-20, MEDIA

El planteamiento general señala que la crisis enfrenta a muchas personas a situaciones límite, que provocan que se priorice lo propio frente a lo colectivo; pero también incide en que la misma situación supone un caldo de cultivo para que las riendas del país (y del mundo) sean conducidas por clases poderosas que promueven esa jerarquía de valores “negativos” y viven instaladas en las ventajas que les proporcionan. En este contexto, lo que en anteriores estudios de valores se

asumen como valores *deseables* (como motor de cambio y faro que guíe el comportamiento, las actitudes y la convivencia: solidaridad, tolerancia...), actualmente se observan como valores *improbables*, inoperantes en una coyuntura que parece transformar lo deseable en utópico.

La situación, en lo que tiene que ver con las más básicas sensaciones de los y las jóvenes, deriva en la asunción de que precisamente lo que predomina, lo que determina la actual realidad indiscutible, son los antónimos, las negaciones de los valores perseguidos y pretendidos, algo que además condiciona de manera esencial sus actitudes presentes, su perspectiva de futuro y sus expectativas vitales: inestabilidad, inseguridad, incertidumbre, injusticia, inmadurez. Todos estos principios, precisamente lo contrario de los elementos sobre los que desearían y necesitarían edificar sus expectativas de futuro (estabilidad, seguridad, certidumbre, justicia, madurez), se constituyen en los auténticos valores que, según ellos y ellas cuentan, definen su presente, y marcan la pauta de la manera en que la sociedad es y se comporta. Aspectos que generan dudas y miedo, algo que se traduce en nuevas formas de estar y comportarse en sociedad, como veremos más adelante.

2.1. EL TELÓN DE FONDO

En líneas generales, los aspectos en torno a los cuales explican y recrean estos valores (o contravalores), son los siguientes.

(In)estabilidad

Los y las jóvenes viven instalados en la certeza de que la anterior fantasía de estabilidad económica ha pasado a mejor vida, y de que antiguas conquistas en materia de derechos civiles han sido sustituidas por la resignación de “pasar por el aro” (que marca el mercado y las reformas laborales) como única posibilidad de integrarse laboral y socialmente. Circunstancia que conduce a la aceptación de una vida en precario que marca sus historias laborales, pero también sus expectativas vitales, siempre bajo el prisma de que lo que se tiene hoy, puede perderse mañana, y de que, en muchas circunstancias, toca conformarse. Desde la resignación, que no el acomodamiento.

En paralelo, y a pesar de la percepción (o constatación) de que la familia está al límite de su capacidad de ayuda, ésta se mantiene como única vía de estabilidad, en muchas ocasiones a costa de rebajar el estatus social o las proyecciones de ascenso social (clases medias más empobrecidas). Por ello, la familia sigue situándose en lo más alto del escalafón de los valores considerados “importantes”, frontera última de la solidaridad y el apoyo incondicional, casi único elemento a partir del cual se puede percibir esa sensación de estabilidad que propician las cosas que no cambian (la familia es la que es, siempre lo va a ser, y “nunca falla”).

—Moderador: *¿Qué preocupaciones os acechan?*

—*Quedarme en la calle, ésa es mi preocupación.*

—*Ahora estoy bien y mañana no sé qué podrá pasar.*

—*Vamos con ese miedo.*

(In)seguridad/(in)certidumbre

Percibir esa inestabilidad, esa sensación de que el suelo se tambalea bajo los pies, provoca casi el convencimiento de que no se pueden dar pasos firmes que consoliden un proyecto vital. El edificio, construido sobre los pilares de un Estado del bienestar garantista y un implícito contrato social, que aseguraba que la inversión formativa tendría como resultado la integración sociolaboral (Rodríguez y Ballesteros, 2013), se viene abajo, o así se interpreta. Ante esta convicción, se asume que el camino antes marcado (el que otorgaba la seguridad y tranquilidad de estar haciendo las cosas adecuadas) ya no es tan claro, y que además escasean las alternativas u oportunidades para marcar un camino alternativo para el que no se sienten preparados, respecto al que se sienten inseguros. Entonces no resulta extraño que emerja un relativismo (que puede tener reflejo en lo moral), alimentado por la ausencia de certezas, de respuestas que apunten al camino.

—Moderadora: *¿Qué cosas os gustaría...?*

—*Tener las cosas más claras.*

—*Yo también.*

—*Yo la fuerza, la voluntad, la lucha.*

—*[...]*

—*El estar seguro.*

—*Sí, como dice ella, el estar seguro de uno mismo siempre te da seguridad.*

—*Y claro, sentirte protegido.*

MADRID, CHICAS, 16-17, MEDIA

(In)justicia

La convicción de vivir un momento histórico desfavorable, de no disfrutar de las mismas oportunidades de integración sociolaboral que podían tener generaciones anteriores, de no poder recoger los frutos del esfuerzo invertido en formación, o de no tener la seguridad de que sembrando en la actualidad puedan recoger frutos en el futuro, provoca entre muchos y muchas jóvenes la sensación de que, en cierta medida, la sociedad no es justa con su generación (de la que siempre se dice que es “la mejor preparada”).

Sin embargo, más allá de esa percepción de la “justicia existencial”, mucho más allá, el valor se tiende a interpretar desde una perspectiva de justicia empírica. Se afirma de manera casi unánime que actualmente convivimos con un clima de total impunidad para el poder y para quienes se asume son los máximos responsables de la crisis, un terreno de juego abonado para que los corruptos y codiciosos pesquen beneficios en río revuelto. Mientras, el eslabón más débil de la cadena, el ciudadano de a pie, estaría desprotegido y abandonado a su suerte. Visión de la justicia (ejemplificada en el sistema judicial) bajo el prisma de una sociedad clasista que no ofrece las mismas garantías para todos sus ciudadanos. Y visión que sin duda marca la manera en que se interpreta la justicia como valor, que entra a formar parte de aquéllos que han pasado de deseables a improbables o utópicos. Tal es el planteamiento más descarnado y pesimista.

—*Quien sea famoso, tenga dinero, tenga pues... eso seguro que no le pasa na. Como seas pobre, tengas menos, te vas a la cárcel, seguro...*

—*Van a por ti.*

—*Seguro.*

—*Sí, dicen que hemos avanzado mucho, pero el pobre, se sigue yendo mucho a por el pobre.*

CÓRDOBA, CHICAS, 18-20, MEDIA

—*A mí me parece mal de este país... es eso... que, por ejemplo, imagínate, una persona que ha robado muchísimo dinero, se paga la fianza, y sale, no sé... Y si fuese una persona normal y haces eso... pues te dejarían en la cárcel hasta...*

—*Pues hasta que te pudras... bueno no eso, pero vamos... que igualmente. [...]*

—*No debería de haber diferencias entre personas. Si tú has hecho esto...*

—*Es que si tú tienes dinero, te lavas las manos y sales...*

—*Pagas... y sales a la calle. Vuelves a cometer lo mismo...*

MADRID, CHICAS, 16-17, MEDIA

(In)madurez

La visión sobre la sociedad española es crítica (frente a una autopercepción individual mucho menos dura, como tradicionalmente se constata en los estudios de valores)², y en este contexto desfavorable quizás más. Es así porque se interpreta que entre las causas de esta situación se encuentra el hecho de ser y comportarnos como una sociedad inmadura, incapaz de controlar a su clase política y tendente a tropezar en las mismas piedras que nos han conducido al borde del precipicio. Ya en 2010, en un estudio sobre las perspectivas de bienestar en España, se muestra, al hilo de lo que los adultos señalaban en relación a la posibilidad de que la crisis se constituyera en un punto de inflexión que propiciara o pudiera propiciar un cambio de valores, actitudes o comportamientos, que “si la crisis se comporta como mecanismo de cambio, no parece que el discurso general llegue a aceptar que lo sea por su capacidad para cambiar actitudes y conductas que se repiten una y otra vez, provocando nuevas crisis” (Rodríguez, Ballesteros y Megías, 2011). En este sentido, la asunción de ser parte de una sociedad que no aprende de sus errores y sólo reacciona en situaciones límite, alimenta esa percepción de inmadurez colectiva, que a su vez se enuncia como elemento que retroalimenta la crisis³.

—*El problema es que vivimos en una sociedad inmadura. Yo hice una reflexión y luego un economista me dijo que tenía razón; el hecho de vivir en una sociedad inmadura también ha pasado en Irlanda, Portugal, Grecia y España. Estos países hace menos*

2. Además, los y las jóvenes definen un autorretrato mucho más amable que el que hacen a la sociedad en su conjunto.

3. En el último epígrafe de este análisis cualitativo incidiremos en los argumentos sobre el valor de aprender de los errores, que además no sólo se aborda desde la perspectiva colectiva (como país ante la crisis), sino también desde un plano individual, como elemento que genera madurez.

de 50 años tenían una dictadura, Italia también. Los más jodidos en Europa son los que han tenido una dictadura hasta hace bien poco.

—Desde que nacimos hemos vivido la democracia, pero mucho más arriba no te vayas.

—Pero nuestros padres se hipotecaron hace treinta años, eh. A una persona de un nivel cultural altísimo como un banquero le es muy fácil engañar a alguien que no tiene ni la ESO.

—No te digo que no. Te digo que somos un país muy muermo, que hemos tenido muchas cosas muy bien. . .

—Sí, somos tontos.

BILBAO, MIXTO, 18-20, MEDIA-ALTA

En contraposición a estos aspectos que tiñen de pesimismo el presente y el horizonte colectivo, los valores que se enuncian como deseables tienen que ver con el plano de lo individual, con la capacidad personal de sobreponerse a las circunstancias: fuerza, autonomía, decisión, lucha. . . Valores que, desde la propia perspectiva de los y las jóvenes, tienden a diluirse en el mar de dificultades, la falta de oportunidades, la batalla desigual y el desánimo colectivo.

2.2. LOS PALOS EN LAS RUEDAS

A partir de estos contravalores, que serían los que determinarían buena parte de las expectativas presentes, los y las jóvenes señalan dos elementos que podrían impedir o dificultar que tal situación se revierta (de momento, y siempre ligados a la crisis económica): desmotivación y desconfianza; de nuevo antónimos de dos valores deseables, que se observan casi imposibles dadas las circunstancias y el contexto socioeconómico.

(Des)motivación

En primer lugar, la convicción asentada entre los y las jóvenes respecto a que “cumplir” con el proceso formativo que se espera de ellos y ellas ya no asegura la integración en el mercado laboral (que, desde su perspectiva, equivale a la integración en el mundo de las responsabilidades, el mundo adulto), y la percepción de que escasean las alternativas, de que no existe un “plan B”, provoca que cunda el desánimo, la desilusión. . . la falta de motivación. Desmotivación presente que no supone que no tengan objetivos ni metas, sino que tales metas siguen estando ajustadas a expectativas pasadas, ahora fuera de juego en base a las condiciones del mercado laboral y de la economía española en general. Metas que socialmente siguen componiendo el imaginario de la integración y “el camino” a trazar (trabajo, familia, vivienda), pero para cuya consecución se asume que se carece de herramientas, o más bien que el sistema no es capaz de emplear las herramientas que él mismo ha proporcionado. Ello provoca la mencionada desmotivación, que traspasa la frontera del ámbito meramente formativo/laboral, y puede extenderse al resto de aspectos vitales; con la importancia que ello tiene en la manera de interactuar con otros y en la priorización de unas u otras cosas.

La sospecha de que incluso estudiando, formándose adecuadamente (es decir, haciendo lo que la sociedad espera de ellos y ellas), no se aseguran un futuro, y la certeza de que no vislumbran un medio plazo que les desligue del cordón umbilical que les une a la familia (con lo que ello tiene de influencia en la incorporación de valores como la autonomía, la independencia, la madurez, incluso la libertad), provoca una ausencia de ilusión más que evidente. Y se condiciona un cierto proceso de bloqueo, porque no perciben alternativas pero no se acepta el inmovilismo como opción (“algo hay que hacer”), y porque incluso el discurso mayoritario (de jóvenes y adultos) acepta que la formación sigue siendo la única opción (no ya colectiva, sino individual) para salir de la crisis (Rodríguez y Ballesteros, 2013), al tiempo que no se acaba de confiar en ello.

—Estás como desmotivada, ¿no? Porque estás haciendo una cosa que estás viendo como que no tiene futuro. Entonces dices: ¿para qué?

—Pero también lo que pasa, los que están por debajo nuestra, al ver la situación también están como que no tienen ganas de estudiar al ver el futuro que les espera a todos, ¿sabes? Claro, esto como más... más pronto se te quitan las ganas de estudiar y de seguir porque están viendo que no van a tener un trabajo. Somos muchos.

—Y además que nos ha pillado todo: nos ha pillado la crisis, nos ha pillado... Y como somos el futuro, no podemos tener futuro. Si no, no nos dejan estudiar porque no nos dan beca a los que no podemos estudiar, o no hay nada: ni hay sitios para estudiar, ni hay...

—[...]]

—Siempre ha habido personas que han hecho más y que han hecho menos.

—Sí. Pero a lo mejor con esto de la crisis, lo que ha dicho ella antes, como dije: “Es que no voy a encontrar nada, no voy a encontrar nada”. ¿Por qué no vas a trabajar? Si una persona ve que no va a encontrar, posiblemente piense, pues no busco.

—Y a lo mejor es por eso por lo que hay más gente que no trabaja, o que hay gente que no estudia porque ve que no va a poder conseguir lo que quiere... o que no hay ese afán de superación de decir...

—... de intentarlo.

CÓRDOBA, CHICAS, 18-20, MEDIA

Algunos jóvenes incluso señalan la fortuna de que la crisis les haya pillado en periodo formativo y no más mayores, precisamente porque asumen que no tienen responsabilidades ligadas al dinero ni a la subsistencia (que corre a cuenta de una familia, al límite de su capacidad). En este sentido, desde los y las jóvenes (sobre todo entre los de menor edad) se tiende a aceptar que, dentro de lo malo, son la parte menos perjudicada por la situación. Esta circunstancia da idea de lo inmediatas que se perciben las expectativas vitales en el momento actual, del mismo modo que explica lo difícil que es asumir el universo simbólico que hasta ahora funcionaba en relación a “lo joven” o “la juventud” como encarnación del futuro, desde una perspectiva de avance, de progreso y desarrollo (en el último epígrafe profundizaremos más en este aspecto).

En este sentido, podemos hablar de la consolidación del valor presentismo como actitud vital global sobre todo entre los más jóvenes, más allá del ámbito del ocio y la diversión como ocurría

hasta ahora (Megías y Elzo, 2006; Megías, 2010), para instalarse como horizonte de expectativas de jóvenes que no son capaces de mirar mucho más lejos en el tiempo: sólo tenemos certeza de lo que pasa aquí y ahora, al margen de que disfrutemos o suframos más o menos.

La desmotivación se acrecienta por el punto de frustración que otorga el sentirse en cierta medida abandonados y abandonadas; cuando no, desde las lecturas más críticas, directamente engañados. Traicionados por una sociedad y un sistema que ha dado forma a una jerarquía de valores a partir de la cual se ha otorgado sentido a buena parte de sus comportamientos y aspiraciones (estudio, esfuerzo, trabajo, familia, responsabilidad, constancia, estabilidad, seguridad...), pero que ahora limita la posibilidad de alcanzar tales objetivos, con la frustración que ello puede suponer.

Por eso tienden a sentirse abandonados a su suerte (sin apoyos, sin alternativas, casi sin esperanza), y seguramente por eso demandan que esa esperanza se recupere a partir del cambio de elementos ajenos a su propia motivación, elementos propiciados por los culpables de la actual situación (el poder). Así, incluso piden que la motivación por la cultura del esfuerzo, del saber, sea facilitada o generada por el propio sistema que, asumen, la ha enterrado. Más aún por lo que entienden es una actitud cínica de ese sistema, que actualmente no cesa de transmitir mensajes que abogan por el emprendimiento, en algo que los y las jóvenes perciben como un “búscate la vida, no es nuestro problema”.

Ante este panorama, pugna por instalarse un acuerdo más o menos generalizado de que el futuro es negro, de que muchos esfuerzos pueden ser en vano; tanto, que incluso entre los y las jóvenes ha calado el mantra, tantas veces repetido, de formar parte de una “generación perdida”.

Así que no parece desatinado pensar que también pueda instalarse la convicción de que “¿para qué me voy a esforzar?”. Cuando se es incapaz de responder a esa pregunta, surge la demanda de ayuda, la petición de pautas para consolidar nuevas esperanzas y motivaciones.

*—Y yo creo que en el colegio, también se debería... se debería... Más... pues... a ver, tú en un colegio estás para estudiar, pues... que te ayudasen a ver... [...]
Pues, yo qué sé, fomentar ese interés hacia el saber y hacia el conocimiento...*

—Hacia la cultura.

—... y es como que no... que nadie te lo dice, o sea, que te dicen: ¡Pero hombre, búscala tú! ¿No te parece esto interesante? Y es como que... [...]

—Te tienen que meter en la cabeza pues tu propia motivación y si quieres saber, pues... tú te tienes que esforzar para saber y...

—Esfuézate...

—Claro. Por eso es importante la manera en la que te lo han enseñado y que si eso te lo explican de buena manera, pues tú... es lo que dices tú... la motivación... es cómo te vas a motivar...

MADRID, CHICAS, 16-17, MEDIA

(Des)confianza

Aceptar que se ha quebrado el pacto social que aseguraba la integración sociolaboral de los y las jóvenes que cumplieran con su periodo formativo, no sólo contribuye a la mencionada desmotivación, sino que también genera un clima de desconfianza. La frustración por las expectativas incumplidas provoca que no se confíe en el sistema sobre el que se edificaron los modelos de integración social. Resulta obvio que la integración social procura confianza, y justamente sentir cómo los elementos a partir de los que tradicionalmente se generaba tal integración son cada vez más inestables, genera lo contrario. Ello, más allá de provocar las dudas e inseguridades propias de quienes carecen de referentes sobre los que asentar sus motivaciones, se extiende a toda una forma autopercebirse y percibir a la sociedad, con la influencia que ello puede tener respecto a otros valores y principios. Así, la inseguridad, la inestabilidad y la incertidumbre generan desconfianza en las posibilidades personales de salir adelante, provocan que sea complicado asumir y abanderar valores colectivos frente a los intereses y preocupaciones individuales, y pueden influir en el sentido de algunos juicios de valor.

Pero más allá de la desconfianza en el sistema y en el pacto social, la circunstancia que genera o puede generar lo que entienden es un clima social hostil, es la desconfianza en las personas. Ya en investigaciones pasadas constatamos cómo incluso la amistad, valor deseado y señalado como garante de lo bueno y lo necesario en la vida (junto a la familia), tiende a ser puesta en duda o tomada con cautela en base a lo que se interpretan son las lecciones de la vida en el camino a la madurez: valor que ha de ser puesto a prueba y debe ser contrastado, ante la certeza de que en no pocas ocasiones fallará y decepcionará (Rodríguez, Megías y Sánchez, 2002). Visión crítica de un valor tan importante como la amistad (sigue estando en lo más alto de la jerarquía) que ahora, en una coyuntura que todo el mundo califica abiertamente como “mala” y de crisis de valores, encuentra más amparo que nunca. Evidentemente, si amistad y confianza no van esencialmente unidas (no es que se niegue la amistad, pero se reduce a un núcleo muy reducido de personas), la desconfianza frente al conjunto de las personas que componen la sociedad aumentará exponencialmente.

—Yo confío en todo el mundo.

—Yo era como tú hasta que unas amigas, este año, nos han metido una patada en el culo a toda nuestra pandilla, y nos han dejado como dos mierdas.

—Yo en principio confío en todo el mundo.

—Sí, en principio, hasta que se muestran cómo son.

—Yo en mi grupo somos seis, en el de mi pueblo somos cincuenta mil, y al final amigos somos cuatro, y se ve. Yo confío en mis amigas... y antes, la gente hacía autostop y se subía. Ahora súbete... [...]

—Al final te quedas con tus amigos. Los verdaderos amigos se cuentan con los dedos de una mano, eso es verdad. Puedo tener uno más o dos. En el mundo en general y en este país en general, la gente se mueve mucho por el interés.

El planteamiento incide en la idea de que pese a que lo deseable es confiar en las personas, la vida te desengaña y te lleva a estar alerta y a no exponerte (emocionalmente, sentimentalmente, socialmente, económicamente) sin tener garantías. La idea que se explicita es: mejor llevarse una sorpresa positiva que al revés (algo que, de suceder, se interpretaría como ingenuidad, un valor sin duda alejado de la órbita de la madurez). Desconfianza, por tanto, como valor aprendido en sociedad, incluso como parte del proceso de maduración personal, motivo por el cual no parece atormentar en exceso su generalización. Se asume colectivamente que la sociedad es hostil, y que en ese contexto es necesario hacerse respetar y protegerse (en el sentido de blindarse y no fiarse... por si acaso).

—Somos más desconfiados también, porque no nos fiamos de nadie.

—...no te puedes fiar de nadie hoy día...

—Claro. [...]

—Eso también es... por los desengaños que nos llevamos.

CÓRDOBA, CHICAS, 18-20, MEDIA

—Yo siempre prefiero, por ejemplo, llevarme primero una mala imagen de decir: Pues, mira, no me gusta, tal... y luego darte la sorpresa y decir: Qué bien. ...

—¿Y si te echas para atrás y no vas a conocerla de verdad?

—Sí, pero por alguna circunstancia u otra llegar a conocerla, pero no de primeras decir: ¡Jo, qué buena, tal...! Y que luego te... ¿sabes?, te de el palo por detrás. Yo prefiero ir primero desconfiada y luego llevarme la alegría, que al revés.

—Claro.

—A ver, tampoco hay que estar del todo fiándose de lo que te digan. Por eso te digo, de los comentarios de las personas, porque muchas veces las personas...

—Son malas.

MADRID, CHICAS, 16-17, MEDIA

Estos argumentos escuchados en los grupos de discusión ilustran lo que en otras investigaciones se señala a partir de datos. Y lo preocupante es que esos datos, con la misma fuerza que se expresan los discursos, señalan que la mencionada desconfianza se instala más entre la población más joven. Por un lado, en *Pulso de España 2010* (Toharia, 2010: 114-115) se dice que “el 70% de los españoles de 18 a 34 años cree que cualquiera de sus conciudadanos se aprovechará de él en cuanto tenga la oportunidad. Además, un 34% sostiene que nadie o casi nadie merecen la consideración de ‘buena persona’. Ambos porcentajes se reducen significativamente si la pregunta se hace a personas de 35 a 54 años (57% y 25% respectivamente) y de 55 años en adelante (52% y 23%).”

Por otro lado, en *Informe juventud en España 2012* (Moreno y Rodríguez, 2013: 197) se señala que la mitad de los y las jóvenes de 15 a 29 años afirman que, en relación a la confianza en los demás, “normalmente, todas las precauciones son pocas”, frente a un 34% que dice que “casi siempre se puede confiar en la gente”. Además, en perspectiva temporal, esos mismos datos muestran cómo entre 2010 y 2012 ha descendido en cuatro puntos la proporción de jóvenes que

creen que se puede confiar en la gente, en siete puntos la de quienes creen que hay que tomar todas las precauciones posibles, mientras el porcentaje de quienes no saben o no contestan crece significativamente, en este caso en once puntos porcentuales. Por tanto, cierta tendencia al relativismo, cuando no a la desconfianza, que en cualquier caso aleja al sector más joven de la población de un estado de confianza en sus pares y en sus conciudadanos. Preocupante situación de sospecha constante, por tanto, ratificada en los acercamientos cuantitativos⁴.

2.3. EL MIEDO Y SU IMPACTO

En los años anteriores a 2008, en época de bonanza económica, España se instaló en una fantasía de seguridad cuyo fin no parecía vislumbrarse, que impulsaba las expectativas de desarrollo y bienestar, y generalizaba la sensación de estabilidad como estado permanente.

Precisamente partir de tal situación, y el hecho de que la caída haya sido de una magnitud inesperada, facilita que la actual sensación de vivir al día y de no ser capaces de generar grandes expectativas de futuro, se tiña de una auténtica sensación de miedo. Los contravalores que definirían esa situación (abordados en el epígrafe anterior), reforzarían y encarnarían tal miedo: inestabilidad, incertidumbre, inseguridad, desconfianza.

Evidentemente, sentir y explicitar que se siente miedo, condiciona de manera directa los comportamientos, las actitudes, las expectativas, las opiniones, las prioridades, etc. En lo que respecta a la asimilación y recreación de los valores sociales, el miedo tiene reflejo en la forma en que se interpretan o redefinen algunos valores importantes, que abordamos a continuación.

En la tolerancia

Vivir instalados en la inseguridad, y percibir una situación de riesgo (fundamentalmente personal y familiar y, según clase social, ligada al mantenimiento de estatus, a la manutención, o incluso a la subsistencia), conduce a adoptar una actitud preventiva ante lo desconocido. Proceso ligado a la mencionada desconfianza, y al individualismo (que abordaremos), que en las posiciones más extremas llega a negar la aceptación de lo diferente.

Resulta claro que cuanto más asustadas están las personas, menos tolerantes se muestran. Y es evidente que desde hace unos años vivimos una época convulsa que precisamente no ayuda a romper esa tendencia, más bien al contrario. Que la economía doméstica, la integración laboral, la conservación o búsqueda de una vivienda, la satisfacción de las necesidades básicas, la inversión formativa, o las expectativas de futuro, sean prioridades que nublen cualquier otra perspectiva vital, provoca que muchas cuestiones relacionadas con “los otros” no se consideren, o se dejen en segundo plano. Y no sólo eso, pues precisamente el miedo a perder lo propio, o simplemente a lo desconocido, está en el germen de la radicalización del rechazo al diferente. Terreno complicado para la tolerancia.

4. Véase Elzo, J. y Megias, E. (codirs.) (2014). *Jóvenes y valores (I). Un ensayo de tipología*. Madrid: FAD-CRS.

Por supuesto, ni se puede decir que los y las jóvenes (como la población general) encarnen la desaparición del valor tolerancia, ni todas las personas viven el mismo tipo de necesidades y miedos que condicionan las actitudes y valores. De igual manera, es inobjetable que el miedo puede ser una sensación apoyada en elementos de realidad cuando se fundamenta en amenazas evidentes y graves, y no en engañosas e interesadas proyecciones de quienes quieren sacar provecho de la debilidad de otros. Pero es cierto que determinados discursos sociales, crecidos al abrigo de la crisis, tiñen muchos argumentos de un plus de miedo y desconfianza ante lo desconocido, dando lugar a las posturas más intolerantes. Por ejemplo, en los grupos realizados resultaba muy habitual escuchar cómo se definía a la sociedad española como “abierta” (fundamentalmente en base a su mentalidad y su actitud vital), algo que explicaban como perfectamente compatible con el hecho de aceptar que esa mentalidad “abierta” no tenía por qué incluir a las personas inmigrantes.

Es decir, que con independencia de que cada cual, dependiendo de sus circunstancias personales, sienta, más o menos, unos u otros de esos miedos, lo cierto es que muchos jóvenes reproducen un discurso que precisamente sitúa al miedo como elemento central, justificando actitudes que años atrás no encontrarían justificación (cuando menos, no de forma explícita). Y por eso la crisis se muestra como terreno propicio para que medren los intolerantes y ventajistas.

—En el momento que está mal la economía hay más racismo, más xenofobia, más todo...

—Moderador: ¿Sí? ¿Vosotros creéis que en la sociedad española ahora hay más racismo, más xenofobia...?

—Por supuesto, española, europea, de todo...

—Por ejemplo en Grecia, lo que está pasando con los partidos neonazis y eso...

—Sí.

—... eso es causa de... de que la gente no está contenta y... y ve esa vía de escape. Pero yo creo que son gente que no tiene... como decirlo... su punto de opinión, si no, que se deja llevar.

—Sí, tienen muy influenciados por ese tipo de... de organizaciones.

—Pues yo no creo que sea racismo. Yo creo que es un poco sentimiento de... de... de uno, de decir: Yo, éste es mi país, y ahora me vienen los de fuera, me están... y ahora hay poco trabajo y me van a quitar lo de... el poco trabajo que hay para nosotros.

—Además de echarle la culpa, a los que tienen la culpa, que son los de arriba, que son los que nos han metido en esto lógicamente. Es más fácil echarle la culpa al más débil, ¿no? A lo mejor al inmigrante o a colectivos más desfavorecidos, en este caso.

CÓRDOBA, MIXTO, 21-24, MEDIA-ALTA

Por todo ello, en ocasiones, el valor tolerancia queda reducido a un concepto que se asimila con aguantar sin rechistar, con no quejarse, frente a su acepción de aceptar y respetar lo diferente, que es la que lo dota de sentido. Una vez más, un planteamiento propicio para las posturas ven-

tajistas, que pueden aprovecharse de personas que aguantan y no se quejan en exceso por su situación desfavorable, o por la pérdida de algunos derechos sociales, al tiempo que tratan de defender su terreno por miedo a perder una posición que se interpreta que siempre puede ser peor (“que me quede como estoy”). En este sentido queda marcado también el respeto, que en lugar de ser asumido como un valor finalista tiende a asumirse u otorgarse por ausencia u omisión, obviando los asuntos polémicos⁵; y que, además, suele incluirse en la órbita de la educación y los modales, y no tanto de la tolerancia.

—Moderador: *¿Pensáis que en España somos tolerantes?*

—*Demasiado.*

—*Sí, demasiado.*

—*Igual que la Seguridad Social, en Estados Unidos es todo privado. Aquí pagaban a mucha gente que se quería hacer operaciones de estética, por así decirlo, venían a España*

—Moderador: *¿Qué entendéis por tolerantes?*

—*Que aguantamos, ¿no?*

—*Yo creo que somos demasiado tolerantes, aguantamos demasiadas cosas dentro.*

BARCELONA, MIXTO, 18-20, MEDIA-BAJA

En todo caso, parece que la crisis es terreno abonado para el desarrollo de la intolerancia ideológica, pero también parece serlo para la emergencia de una cierta tolerancia cotidiana más efectiva, basada en la empatía por la dificultad, en la capacidad de entender el sufrimiento y los problemas que vemos a nuestro alrededor, y de actuar en consecuencia (abordaremos esta perspectiva a continuación, al hablar del valor solidaridad). Esta otra concepción de la tolerancia está muy ligada al círculo de lo próximo y al ámbito de lo personal (a situaciones a las que se pone cara), lo que posiblemente tenga relación con la constatación, desde el análisis de los datos empíricos⁶, del ascenso de la tolerancia frente a comportamientos relacionados con conductas “privadas”, como el aborto, la adopción de hijos por homosexuales, etc.

En la solidaridad

En una época dominada por el afán de supervivencia, el argumento general asume que la prioridad absoluta pasa a la esfera de lo propio. Desde la perspectiva que sitúa solidaridad y egoísmo como extremos o antónimos, parecería evidente que esa teórica tensión entre polos opuestos se decantaría hacia el egoísmo, marcado por el telón de fondo del miedo, como venimos comentando. Primero lo mío, y cuando tenga asegurado lo mío (con lo difícil que eso resulta en años

5. En algún grupo, los y las jóvenes explicaban cómo la estrategia para “tolerar” divergencias ideológicas o relacionadas con las creencias religiosas en el seno del grupo de pares, consistía simplemente en no hablar del tema.

6. Compruébese en *Jóvenes y valores (I). Un ensayo de tipología* (op. cit.).

de incertidumbre e inseguridad), ya me preocuparé por lo de los demás. Solidaridad como valor respecto al que se mantiene una actitud muy exigente, en el sentido de que parece requerir de cierta contrapartida: no dar sin recibir, no mostrarse solidario si no se siente que son solidarios con uno mismo⁷.

—A lo mejor deberíamos ser más solidarios con los demás en vez de preocuparnos tanto por nosotros, pero es que no sabemos el camino que tenemos que escoger.

—Volvemos a lo mismo, si yo me preocupo por ti no sé si tú también te vas a preocupar por mí. Voy a estar dando por ti y te vas a quedar con lo mío y te vas a ir, y yo voy a ser más pobre aún.

BARCELONA, MIXTO, 18-20, MEDIA-BAJA

En cualquier caso, el diferente posicionamiento frente a cosas y personas (lo propio/lo ajeno, lo privado/lo público) hace que valores que pudieran parecer opuestos, puedan vindicarse simultáneamente, se acepten como compatibles. Se puede ser solidario en la esfera de lo propio, lo cercano, al tiempo que se legitime el desapego y la indiferencia por lo lejano, lo colectivo: la preocupación se centra en la resolución de los problemas circunscritos a lo próximo (algo que ratifican los datos en las aproximaciones cuantitativas). Frente a épocas pasadas en las que se asumía la necesidad de ser solidario con lo ajeno, con lo que no “toca” directamente, al tiempo que era tolerable cierta indiferencia frente a lo más próximo (aproximación que tenía mucho que ver con el concepto de limosna y con la solidaridad entendida como ayuda económica), actualmente se difumina esa perspectiva para dar paso a un compromiso entendido desde la empatía (acaso compromiso más auténtico pero más limitado: sólo con aquéllos con quienes hay más facilidades para empatizar).

—Las personas que menos tienen, tus vecinos, son los que te van a ayudar, porque son los que te entienden. Como no estén en la situación de no tener dónde vivir, no tener para comer, no saben, no les duele.

—Eso es verdad.

BARCELONA, MIXTO, 18-20, MEDIA-BAJA

Siendo maliciosos, se podría decir que abandonar el concepto de solidaridad como limosna tiene que ver con que no hay recursos que donar. Pero no es menos cierto que la solidaridad entendida desde la empatía funciona porque la cercanía personal y el compartir dificultades crea una predisposición a valorar las necesidades de los otros, y a comprender sin juzgar determinadas actitudes (actualmente son paradigmáticos casos como lo de los movimientos contra los desahucios, o a favor de la ocupación de viviendas vacías, por ejemplo). Por eso no se presupone la solidaridad en las personas económicamente acomodadas (más bien, lo contrario), salvo la que tiene que ver con la limosna o la ayuda desde el desapego.

7. Esta “exigencia” nos recuerda a la manera (apuntada con anterioridad) en que los y las jóvenes demandaban al valor amistad (a pesar de ocupar el primer puesto, junto con la familia, de lo que consideran importante) que fuera recíproca y constatable; pruebas que procuraban que, pese a ser tan deseable, se observara siempre desde la escasez, desde la sospecha (Rodríguez, Megías y Sánchez, 2002).

La praxis de la solidaridad como “ayuda no empática” reducía la “auténtica solidaridad” a la esfera de lo socialmente deseable, pero generalmente olvidado (Megías y Elzo, 2006; Megías, 2010). En este momento de crisis, y a pesar de lo señalado, parece darse algo paralelo; los argumentos generales niegan la posibilidad de que el conjunto de la sociedad se observe a sí misma como solidaria. Tanto es así que se asume que futuras épocas de recuperación implicarán que la capacidad de empatía se vea de nuevo limitada, y que la cercanía con el problema de los otros quede nublada por la propia situación de bienestar (como ocurre en quienes actualmente capean la crisis sin contratiempos ni necesidades). Y entonces la situación sería como antes, en un ejercicio que parece negarnos la posibilidad colectiva de aprender la lección, tan sólo sea ese aprender a valorar las cosas (en base a la necesidad y el esfuerzo) que ahora tanto se menciona.

El planteamiento más reaccionario (que por otra parte no podemos negar que, en los discursos genéricos, tiene una presencia destacada) niega el altruismo como valor. La mencionada percepción de la solidaridad como valor que requiere de reciprocidad, niega la entrega unilateral, la generosidad, la bondad desinteresada, incluso la buena voluntad; estaríamos ante una percepción de la solidaridad como forma distinta de egoísmo (de nuevo se hacen compatibles valores aparentemente opuestos): “doy por si acaso” (por si algún día necesito la ayuda que yo ahora estoy brindando) o por “sentirme bien”, por satisfacción personal.

—Yo tengo con mi dinero apadrinado a un niño desde que tengo 13 años.

—¿Qué lo tienes, por el niño o por sentarte bien?

BILBAO, MIXTO, 18-20, MEDIA-ALTA

—La cantidad de voluntarios que hay es... increíble. Pero lo que quiero dar a entender aparte de... de que la gente se vuelca... que... que como no tiene nada que hacer van allí como para decir: “Voy a hacer algo”.

—Y siempre... y siempre habrá alguien que tenga...

—Claro, peor que yo.

—Moderador: Voy a hacer una lectura perversa de lo que has dicho: ¿van a ver allí a gente que está peor que ellos queréis decir?

—No, sino que...

—No, van allí por decir: “A ver, que yo estaré mal... pero que hay gente que está mucho peor que yo”.

—No es como consuelo.

—No es como consuelo total, sino el decir...

—Que lo mismo no te da mucho, pero que lo mismo puedes... se lo puedes, aunque sea poco, se lo das a las personas que están peor, claro.

CÓRDOBA, CHICAS, 18-20, MEDIA

De todos modos no sería realista cargar las tintas sobre esta perspectiva, que da carta de naturaleza a un clima social que tiende a legitimar el inmovilismo. En el presente son evidentes muy

diversos movimientos ciudadanos solidarios, nuevas sensibilidades sociales, y voces emergentes que tratan de dar forma a una nueva manera de entender el compromiso y la responsabilidad ciudadana. De hecho, desde lo cuantitativo, observamos datos que apoyan esta idea, fundamentalmente en relación a la emergencia de preocupaciones sociales y colectivas, que en líneas generales crecen en relación a 2006 (las ayudas a los desfavorecidos, el mantenimiento de la sanidad o la educación). La resolución de las tensiones entre las tendencias de inmovilismo egoísta y las solidaridades emergentes, va a gestionarse muy influenciada por un elemento que ya hemos mencionado: el miedo.

En el compromiso

El miedo tiene una evidente y directa influencia, y así se dice de forma explícita desde los argumentos de los y las jóvenes, en la manera en que se interpretan valores como el compromiso, la preocupación y la implicación con lo colectivo, y la responsabilidad ciudadana. En líneas generales, se acepta el inmovilismo, como polo opuesto del compromiso (que se entiende desde el activismo), como resultado del temor a empeorar la situación personal, a perder lo que se tiene (mucho o poco), o a perder oportunidades. En años complicados, en los que muchas personas viven de forma precaria, se asume que las circunstancias siempre pueden ser peores, motivo por el cual mantenerse en la situación actual, inmóvil y protegido, se observa como mal menor, incluso como algo positivo. Y ello acarrea, según este argumento, actitudes tendentes a escapar del riesgo y el pronunciamiento comprometedor, elementos que sustentarían el compromiso social. Evidentemente habrá situaciones personales y familiares límites, de extrema necesidad, que pondrán en tela de juicio esta perspectiva en términos de riesgos/beneficios; pero en la población general lo habitual es que, en base a sus circunstancias, tienda a no subrayarse el “no tengo nada que perder” y sí se haga el “podría ser peor”.

En esta época, en la que el objetivo primordial es la búsqueda de la estabilidad, el resto de ideales pueden pasar a un segundo plano y resultar un tanto confusos. Las voces más críticas hablan de acomodamiento, aunque la connotación negativa de este término puede sonar injusta si atendemos a la complicada situación que viven muchas personas y familias. Por ello, los discursos mayoritarios hablan más (de forma implícita) de conservadurismo, siempre con la mencionada perspectiva de intentar no ir a peor, a pesar de ser conscientes de que el presente no es lo que prometía, o no responde a las expectativas generadas. Puede resultar chocante hablar de lo que en sentido estricto se interpretan como condiciones materiales, para explicar la dimensión del compromiso social como valor, pero lo cierto es que la actual coyuntura conduce a ello, casi desde el presupuesto de que sin unas mínimas condiciones de supervivencia e integración social, hablar de valores ideales resulta fútil.

—Movimientos sociales, sí, pero lo que has dicho tú antes, o te toca muy de cerca o la gente no se moja, porque no sabes qué repercusión te puede traer social o económicamente. Y a la vez también vivimos muy cómodos, mientras que a ti no te molesten...

—[...]

—Eso es lo que te digo, que vivimos con miedo.

—Hay gente que tiene ya muchos problemas como para tener que cargar con los del resto de la gente. Mientras no puedas solucionar lo tuyo, no vas a poder solucionar lo del otro.

—Yo ahora mismo no tengo nada que me llegue a atar tanto como para no hacer nada, pero el miedo lo tienes porque si no, para las cuatro chorradas que tienes, que es lo único que puedes perder, vas a estar en la misma situación que ahora mismo. Pero te meten el miedo de que no, que tu nombre va a aparecer en tal sitio, que no vas a conseguir trabajo ni de coña.

BILBAO, MIXTO, 21-24, MEDIA-BAJA

La duda sobre el propio compromiso social también se monta sobre el cuestionamiento de las posibilidades a la hora de actuar, participar, movilizarse, protestar, etc. Los jóvenes se viven como la parte débil de la sociedad y creen que, por ello (nos dominan, nos controlan, nos callan y nos ignoran), poco pueden hacer. En este sentido es interesante observar cómo la necesidad de compromiso y movilización y las posibilidades de llevarlo a cabo, se valoran desde las oportunidades de resultados casi inmediatos. Es decir, que se justifica la movilización y el compromiso sólo si se prevé algún tipo de resultado que compense el esfuerzo. Y como tienden a instalarse en un pesimismo antropológico por el que generalmente asumen que no conseguirán nada... (Rodríguez y Ballesteros, 2013).

En un contexto de resignación como el que hemos señalado, la convicción de que el sistema tiene mecanismos para ignorar y marginar a las voces críticas y permite sólo determinadas dosis de inofensiva rebeldía, descartar la opción de actuar por simple coherencia y necesidad parece lo más inmediato. Así, resulta común escuchar entre muchos jóvenes preguntas como “¿para qué me voy a movilizar?”, “¿para conseguir qué?”, “¿para qué hacerlo si sé que no lo voy a conseguir?”. Podríamos hablar de una suerte de *compromiso resultadista*, que sin duda tiene que ver con la forma en que se aplica a las diferentes facetas de la vida una educación en valores que hace más hincapié en lo causal que en lo finalista, y que pone el acento en las consecuencias desde la expectativa de los beneficios. En este sentido, algunas proyecciones de futuro señalan cómo esta circunstancia provocará que también entre las posiciones más inquietas y activistas cale esta percepción de *compromiso resultadista* y originado desde la esfera de lo personal: “En términos generales, podemos afirmar que la participación social de los jóvenes españoles estará caracterizada por una mayor implicación en el ámbito colectivo, una renovación constante de temas y causas de movilización y el ejercicio de sus compromisos a través de canales vinculados a sus formas de vida y contruidos al margen de las instituciones. Será a su vez, una participación que busque la eficacia inmediata en la acción política con preferencia por las necesidades propias y específicas.” (Gentile, Sanmartín y Hernández, 2103: 57).

Lo cierto es que la tendencia mayoritaria es a no creer en la movilización colectiva, en base a la consideración de que la hace imposible la preponderancia de un individualismo que coparía todo el espectro del activismo (sólo me movilizo y me comprometo con lo mío, lo que compone la esfera de lo cercano, de mis necesidades directas). La lucha por los derechos, según esta perspectiva, acaba siendo individualista, impidiendo generar una conciencia colectiva y derivando en división en lugar de en unión. Se trataría de cultivar una conciencia crítica desde posiciones

inofensivas e intrascendentes, que impiden el cambio real (el ejemplo que se pone es el de criticar en casa, pero no agruparse fuera de ella para canalizar el enfado).

Desde esta perspectiva, cabe mencionar dos aspectos que parecen “normalizar” la aceptación del inmovilismo o de las posturas sólo formalmente críticas.

Por un lado, se tiende a proyectar la imagen del activismo, de la rebeldía y de la protesta, sobre colectivos aparentemente informes pero que ocupan un lugar muy concreto en el imaginario colectivo. Grupos de jóvenes que se situarían en los márgenes de la sociedad y actuarían en el filo de la legalidad, desde la iconografía y estética de lo que en muchas ocasiones se interpreta, de forma simplificadora, como *izquierda radical*. Grupos que, en ocasiones, aunque lo hagan siempre en función de posicionamientos ideológicos concretos, encarnan la voz de lo que gustaría decir; estos grupos tienen la energía que canaliza la protesta, pero en cualquier caso representan posturas que no se está dispuesto a adoptar, precisamente por representar aquello que se sitúa fuera de la normalidad, lejos de lo que se entiende como propio⁸.

Será en relación con cuestiones que afectan directamente al ámbito de la responsabilidad inmediata, desde una perspectiva colectiva generacional (las protestas contra el sistema educativo y sus problemas, por ejemplo), donde se acepte de mejor grado la protesta como algo propio de la condición juvenil; a pesar de lo cual, se siga desconfiando de la capacidad para cambiar las cosas.

—O que para qué voy a hacer, si no va a servir de nada. Por ejemplo, las manifestaciones. ¿Para qué voy a ir? Que vayan otros, ¿sabes? Pues, que si vamos todos. . .

—¡Claro! Poco a poco se puede. . .

—O la huelga pública de la, de la educación. En mi instituto, pues van hacer huelgas y tal, y la huelga la hacen en su casa. No se va a protestar a donde se tiene que ir.

—¡Hombre eso está claro!

—Y es que eso. . .

—Es como: ¡No hay clase! Y no: Hay huelga.

—Ya.

—Si hacen la huelga es por algo, para que defiendas tus pensamientos.

MADRID, 16-17, CHICOS, MEDIA

Por otro lado, y como ya hemos apuntado, se acepta invariablemente que el miedo que paraliza y provoca actitudes conservadoras y temerosas es absolutamente respetable, y despoja de culpabilidad a quien así lo siente. Por ello, no hay reparo en decir que se tiene miedo, y que en base a tal vivencia se opta por situarse en un segundo plano del compromiso social y el activismo, dejando las barricadas para quienes no tienen nada que perder, o para quienes, como hemos mencionado, se sitúan en los márgenes de la integración social, de la legalidad y de la normalidad. Lo cierto es que puede resultar tan injusto juzgar comportamientos y circunstancias personales

8. Esa visión de lejanía, de “anormalidad”, de esos movimientos, no sólo justifica la inacción sino que contribuye a reforzar aún más la propia posición, dese el convencimiento que no existe mejor elección que acomodarse en la “normalidad”.

desde la atribución colectiva, como atribuir a la minorías más activas y rebeldes un carácter asocial y marginal. En cualquier caso, el discurso general resulta claro en este sentido.

En resumen, todo lo anterior hace que sea posible tener conciencia de los problemas colectivos, sentir que se es parte de una sociedad acuciada por problemas comunes, incluso ser consciente de que muchos de esos problemas e injusticias requieren que se alce la voz, y que todo ello no implique necesariamente "movimiento"; porque no voy a conseguir nada, porque no quiero perder lo que tengo, y porque es a otros a quienes corresponde o se atribuye la lucha.

—Ahora lo que más preocupa en la sociedad es la crisis económica, eso lo primero. Sin embargo no hacemos nada, nos callamos y esperamos a que alguien lo solucione. Los españoles estamos callados, diciendo que hay mucha crisis, que están subiendo los precios, que hay muchos recortes en educación, sanidad y sin embargo no hacemos nada en general.

—Pero hay manifestaciones.

—No sirven de nada.

—Sí, no sirven de nada muchas veces, pero todo el mundo está concienciado en que hay que hacerlas. Todo está muy irascible respecto a eso.

MADRID, 16-17, CHICOS, MEDIA

A pesar de todo, lo cierto es que tampoco se puede negar que, al tiempo que la percepción general legitima las actitudes personales en este sentido, también sobrevuela un sentimiento colectivo crítico, basado en la asunción de estar consolidando un comportamiento gregario que iría en detrimento de la libertad. En este sentido, el valor libertad parecería quedar reducido a una mínima capacidad de expresión, o incluso a la esfera del ámbito familiar (por ejemplo, en el caso de los y las jóvenes, encarnado en las dosis de autonomía respecto a los padres y madres). Penosa asunción de pérdida de libertad como ciudadanos y ciudadanas, que respondería a lo que se interpreta como inevitable signo de los tiempos, resultado de una coyuntura de crisis en la que los más débiles pagan el precio más alto. Resignación que no deja de generalizar una sensación de incomodidad e insatisfacción, pero que parece justificarse en la esperanza de que algún día las cosas vuelvan a ser como antes. El asunto es a qué precio, y en qué medida este retorno irá acompañado de la redefinición de determinados principios, o de la revisión en uno u otro sentido de las jerarquías de los valores sociales.

—No sabemos lo que tenemos ni lo que nos rodea.

—Yo me siento títere.

—Yo tanto no.

—En realidad sí, porque somos borregos y ellos lobos.

—[...]]

—No hacemos ni la mitad que podríamos hacer para intentar solucionar el tema, la gente no se mueve tanto.

—A los chavales les dan un móvil, un tal, mirando la tele... No estamos espabilados aún, y eso es lo que les gusta. Y yo estoy enganchada al móvil, eh.

BARCELONA, MIXTO, 18-20, MEDIA-BAJA

En el individualismo

Ya ha sido comentado varias veces de forma transversal y en relación a otros valores, pero parece necesario que el análisis del individualismo ocupe un lugar propio entre los valores directamente afectados por el miedo. Como hemos apuntado, el discurso general asume que en época de crisis se acentúa el individualismo, por supervivencia, por conservadurismo, y por lo que se entiende como precaución y casi como estrategia de planificación. En este sentido, la competitividad, que en años de escasas oportunidades se interpreta como vehículo de supervivencia, y por ello se observa creciente, es entendida como una forma de individualismo. Como vimos en estudios anteriores, individualismo entendido desde la ética del “sálvese quien pueda”, del desarrollo de capacidades individuales, y de la necesidad de adaptación permanente (Rodríguez y Ballesteros, 2013). Darwinismo social por el que sobrevivirán los más preparados, los que sepan jugar mejor sus cartas y los que cuiden mejor sus parcelas, en un ejercicio que corre el riesgo de derivar en emergentes desigualdades si desde el sector público y el gobierno no se establecen unas mínimas reglas del juego que equiparen las oportunidades.

Además, frente al fracaso del sistema, ante el desprestigio de “lo público” y la asunción de que no habrá ayudas más allá de las redes familiares, también existe una concepción del individualismo como solución a la crisis del Estado de bienestar, y a la situación de precariedad general.

La percepción general incide en la idea de que perder los *privilegios* a los que estábamos acostumbrados (y se asume que la clase media ha rebajado dramáticamente su estatus), deriva en que las personas se vuelvan individualistas, por miedo a perder aún más. En cualquier caso, como también hemos visto, otras posturas ponen el foco de atención en cómo precisamente la necesidad agudiza la empatía y la solidaridad, perspectiva que se llega a hacer compatible con la visión de un individualismo reinante, sobre todo desde la diferenciación entre lo operativo y lo deseable.

Estas cuestiones conforman un discurso social general bastante claro y uniforme al respecto, de tal manera que las propias visiones de futuro desde la investigación social parecen corroborar las interpretaciones presentes: “los valores de nuestra sociedad se asentarán sobre la polarización social que se verá acentuada por la crisis en los próximos cinco años. Reflejo de ello será cómo los sectores emergentes de la clase media, aquellos mejor situados económica y socialmente, favorecerán esquemas productivistas y valorarán mayoritariamente el esfuerzo individual, restando así legitimidad a la acción protectora del Estado del bienestar.” (Gentile, Sanmartín y Hernández, 2103: 33).

—Yo creo que la gente ha creado un cierto grado de desesperación que es peligroso [...] La gente se agarra a un clavo ardiendo. Se está llegando a un punto de necesidad en el que si hace falta pisar a alguien, lo pisan.

—Yo creo que hay cosas buenas y cosas malas. Somos más sensibles, ahorramos más, no derrochamos tanto. No solo el dinero, yo creo que somos más sensibles.

—Yo creo que al revés, creo que una persona que esté muy mal, si la llevas al límite yo creo que sensibilidad le va a quedar bastante poca. Si tiene la oportunidad de

ganarse 1.000 euros como sea, lo va a hacer [...] Eres individualista también, te pones a mirar si tú estás bien.

—[...]]

—Yo creo que eso es exclusivo de la clase media, que en cualquier momento se puede ver abajo. Desahuciados ha habido siempre, en la buena época también, y no le ha importado a nadie. Ahora sí que te importa, no porque te de pena el otro, sino porque algún día te puede tocar a ti. Es un tema de clase media, que se puede ver tanto en un lado como en el otro.

BARCELONA, CHICOS, 21-24, MEDIA

3. SENTIMIENTO DE CLASE, POLÍTICA Y TECNOLOGÍA

Las sensaciones y vivencias de inestabilidad, de cambio en las reglas del juego, de expectativas truncadas y de ausencia de referentes, provocan que algunas antiguas certidumbres hayan dado paso a confusas y cambiantes autopercepciones. Esto tiene un sintomático reflejo en tres escenarios distintos: la manera en que se analiza la propia clase social y el tipo de referentes que ello pone en juego; la forma en que se aborda un valor como la política, que alcanza distintas dimensiones; y la evidencia de que las nuevas tecnologías generan, en sí mismas, nuevos patrones de relación y comunicación.

3.1. SENTIMIENTO DE CLASE

Comencemos exponiendo lo que recientes estudios ya han concluido: “Los datos muestran que entre la transición democrática y la actual crisis, la juventud española se fue identificando, en las diversas y abundantes encuestas de juventud, como miembros de una clase media, estable y hegemónica. En las series del CIS, al responder a la pregunta, que tenía cinco alternativas —clase alta, media-alta, media-media, media-baja y baja—, el conjunto de la población española se ha ido posicionando sobre los tres ítems centrales y ha ido escalando posiciones hasta que la suma de las tres categorías superiores representaba a casi un tercio de los españoles. En el caso de las personas jóvenes, tanto en las series del CIS como, en particular, en las del INJUVE, la escalada ha sido más rápida, hasta convertir la ubicación de clase baja en residual. ¿Qué significa esto? Las personas jóvenes creían, mezclando realidad y expectativas, que ésta era su ubicación social. Aunque los estudios sobre pobreza y exclusión social establecían que casi una tercera parte mostraba algún tipo de carencia, ellos no lo percibían. De hecho, cuando en 2008 comienza la crisis económica, la idea dominante era que se trataba de una situación coyuntural que, además, hasta aquel momento afectaba más a otros países. Pero cuatro años después, esta visión ya no se sostiene. De pronto los españoles se despiertan de un mal sueño que parecía coyuntural, descubriendo en la vida cotidiana que es permanente y que puede ser muy prolongada. Y lo que es peor, descubren que el referente cultural construido a lo largo de las tres últimas décadas, la promesa y la profecía del gran futuro, puede que no sea cierto.” (Fundación Encuentro, 2013: 118)

El análisis que se apunta en la cita contextualiza de forma adecuada cómo muchos jóvenes en la actualidad pueden ver trastocados buena parte de los principales basamentos culturales y sociales que han protagonizado su crecimiento; lo cual, sin duda, tendrá algún reflejo en los valores. Por el nuevo escenario que puede procurar la necesidad, o la cercanía a ella (como apunta

el literal de un grupo que cierra el epígrafe anterior), pero también por el cuestionamiento de los pilares que sustentaban parte de sus percepciones y expectativas, que pueden conducir a la revisión de algunos de los principios y valores que marcan la convivencia, como se desgana a lo largo del presente informe.

Se acepta que la crisis amplía las brechas sociales, y que facilita la polarización de posicionamientos¹; a partir de la simple diferenciación entre beneficiados y damnificados, pero también por el rechazo de la diferencia y el enroque en lo propio (como ya hemos visto), enfatizando la distinta posición que encarna el “nosotros” frente al “otros”. En este punto surge el problema de desubicación para una amplia parte de jóvenes posicionados en lo que entienden como clase media, que en esta tensión entre polos parece perder su posición como cuerpo central de la sociedad, con la confusión que ello genera en la conciencia de clase colectiva.

Resulta lugar común señalar (y así se hace de forma abierta en los debates que tienen a la crisis como telón de fondo, también entre jóvenes) que “la clase media está desapareciendo”. Ante tal afirmación, partiendo de esa conciencia general (atendiendo a una representación aleatoria de la sociedad española) de pertenecer precisamente a esa clase media en aparente extinción, y también desde la conciencia de que existe un cada vez mayor núcleo de auténtica pobreza, y en el que buena parte de ellos y ellas no se ven reflejados, la pregunta que surge es: “¿Qué somos, si estamos dejando de ser clase media?”

Más allá de los debates socioeconómicos que aborden la realidad o no de esta desaparición o redefinición de la clase media, lo cierto es que en el tema que nos ocupa el asunto cobra relevancia en la medida que multiplica las mencionadas vivencias de inseguridad, inestabilidad y desubicación. Y también en la medida en que puede establecer algunas dudas respecto a determinados comportamientos y principios. Surgen preguntas del tipo ¿nos debemos esforzar si estamos abocados a ser clase obrera?, ¿debemos ser solidarios si no somos objeto de solidaridad?, ¿para qué?...

—Yo creo que sí han cambiado las cosas, encima, en muy poco tiempo.

—Más que nada se están extremando todas las cosas, en todos los sentidos. No ya a nivel económico, también a nivel ideológico. Antes había más grises y hoy tienes bien o mal. Blanco o negro.

—Sí, pero tampoco veo que haya mucho movimiento; a cada uno le importa lo suyo.

—Eso es, la gente se está haciendo cada vez más egoísta, más clasista, más materialista. Las clases se diferencian mucho más. Yo creo que de aquí a poco tiempo va a haber pobres o millonarios, no vas a tener una clase media.

—Pobres, mogollón.

1. Incluso desde argumentos (escuchados en algún grupo, de forma minoritaria) que parten de un discurso plenamente capitalista, se señala que esa diferencia es necesaria para que funcione la sociedad... A pesar de lo cual no es tolerable según qué dimensiones de la brecha. Parece complicado no caer en ciertas contradicciones a la hora de abanderar tales argumentos.

—Y ricos, cuatro.

—[...]

—Al final nos estamos volviendo más clasistas, y las clases son una y otra. No tienes una clase media.

BILBAO, MIXTO, 21-24, MEDIA-BAJA

—La clase media va a desaparecer por completo y vamos a tener clase alta y clase baja. Aquí no va haber término medio, y si hay término medio va a ser muy pequeño.

CÓRDOBA, MIXTO, 21-24, MEDIA-ALTA

Asumiendo que determinado sentimiento de clase marca las expectativas vitales, la presente situación apunta dos aspectos interesantes. Por un lado, que precisamente lo difuso del sentimiento de clase de la mayoría, más allá de un claro posicionamiento frente al poder y los poderosos, provoca cierta indefinición en las expectativas. Las perspectivas de promoción, bienestar y desarrollo social y personal que caracterizaban a la clase media ascendente durante los años de bonanza económica, han dado paso a lo que se acepta como un obligado conformismo, cuando no a una lucha por la estabilidad, o incluso por la supervivencia. Situación que también redefine lo que se entiende por éxito social, valor que adquiere sentido en torno a cuestiones como las señaladas (estabilidad, tranquilidad, no pasar “apuros”), que rebajan expectativas propias de años pasados para con ello intentar evitar la frustración. En este contexto, las visiones de futuro no pueden ser las mismas, como se entiende que no son iguales los principios o los valores que se ponen en juego para encarar ese futuro.

Por otro lado, y a pesar de que los argumentos insisten en que actualmente el objetivo es encontrar la estabilidad, quizás como consecuencia de haber sido educados en el seno de una clase media que situaba en primera línea de interés determinadas aspiraciones sociales, no se pierde de vista esa pretensión o expectativa de promoción en relación al estatus (ahora algo utópico para la mayoría). Así, muchas veces se reconoce sin rubor sentir envidia respecto a personas que ocupan posiciones socioeconómicamente altas: y eso, desde una perspectiva de ascenso social que, quizás porque hace no tanto éste resultaba más cercano y formaba parte de las propias estrategias de formación y socialización, se entiende como envidia sana, por legítima.

—Yo creo que sí es verdad que cuando las cosas están mal y eres de clase media (no creo ni que se enteren de estas cosas los de clase alta) le puedes dedicar tiempo a estas cosas porque te ves más sensible, te parece inmoral que ocurra.

—También depende de la diferencia de ser clase media o no, si a ti te dan mañana un millón de euros, pues lo que dices, vas y te compras un barco, te da igual todo. Pero si te dan 1000 euros no te los vas a pulir, porque no habrás salido de esa clase media, no sé si me explico [...]

—Imagínate que te toca la lotería, 13 millones, ¿qué haces? ¿Te sensibilizas, das la mitad? Y has ido a manifestaciones, stop desahucios y tal... ¿Qué haces? A tomar por culo, que les jodan.

—Te vas a las Maldivas.

BARCELONA, CHICOS, 21-24, MEDIA

Quizás el punto disonante surge cuando, al mismo tiempo, se reconoce que esas dosis de envidia pueden derivar en una desmedida ambición y en egoísmo, valores que atribuyen tanto a clases más favorecidas como a posiciones que buscan la promoción social. Al mismo tiempo, resulta común aceptar que en las clases altas se presupone ese egoísmo; algo que en algunos casos puede convertir en brindis al sol determinadas críticas del poder y de las clases favorecidas, toda vez que se llega a reconocer (aparentemente desde la convicción) que, de tener oportunidad, se haría lo mismo que actualmente se censura. Ante esas consideraciones, el discurso desculpabilizador incide en que estas reacciones no sólo responden a la naturaleza humana sino que encajan en las características de la sociedad española (una vez más, dura y descarnada autopercepción de los españoles como colectivo y como país). Sería, en esta convicción, la semilla de envidia y egoísmo sembrada en la sociedad española, donde brota también la aceptación general de que tropezamos y tropezaremos en las mismas piedras.

3.2. POLÍTICA

Hace ya bastantes años que pervive, entre los y las jóvenes pero también entre la población general, una fuerte desafección por la política tradicional, así como una enorme desconfianza respecto a la clase política profesional (Megías, 2005; Megías y Elzo, 2006), y un gran desencanto frente a la gestión de lo público (Megías, 2010). Ese sigue siendo un punto de partida de los actuales discursos, que encuentran en estos pilares la justificación para alejarse de eso que se suele entender por política, que generalmente se observa como algo bastante ajeno a la ciudadanía.

Sin embargo, el proceso por el cual la crisis ha hecho que los problemas se multipliquen en el ámbito de lo cotidiano, y se haya generado la conciencia de que las decisiones que tienen que ver con la gestión de lo colectivo afectan al día a día de los ciudadanos, está en el origen de la emergencia de una nueva manera de afrontar lo que se entiende por política. Desde los y las jóvenes, se interpreta que el repunte del interés actual por la política está sustentado en la preocupación y el miedo (de nuevo) que genera la inestabilidad en la que viven. Interés mediado por la necesidad, y que por primera vez interpreta de forma significativa, frente a la visión más tradicional y profesional, que la política es la gestión de lo cotidiano, de lo local, de lo doméstico, de lo personal. Así, más allá de una iconografía y una realidad que se observa lejana (el Parlamento, los partidos, las leyes...), se asume que la política tiene que ver con la cesta de la compra, con la salud o con la educación.

—Yo entiendo que este tema sale más entre los jóvenes. Antiguamente de política no se hablaba.

—Ningún niño tocaba la política.

—Es que no tenían ni idea de lo que era la política, y ahora con un mínimo que tengas... Yo hablo de política con mis amigos, de lo que está pasando. Antiguamente no se hablaba.

—Porque las cosas iban bien. Y ahora nos llueven "marrones", que nos vamos a comer nosotros.

BARCELONA, MIXTO, 18-20, MEDIA-BAJA

Cuando las cosas van mal, como es el caso, cuestiones que antes quizás se daban por hechas, ahora pasan a la primera línea de interés y preocupación. En este sentido, la acción política tiende a ser entendida más como reacción a los asuntos particulares que a todos nos afectan, y no tanto como una posición global, una visión ideológica del mundo o una adscripción incondicional a unos principios. Y no es que esta última perspectiva no exista, pero lo cierto es que actualmente se manejan adscripciones más flexibles, y no se entregan apoyos (ni votos) de manera incondicional. En un contexto social que marca que vivamos al momento, será por tanto el día a día, las cuestiones que afecten a la supervivencia ciudadana, a la estabilidad familiar y personal, las que tenderán a marcar la agenda política. La demanda de responsabilidades es mayor, como mayor es la vigilancia respecto al poder.

Además, la convicción entre emergentes sectores de la población (juvenil, en este caso), de que la acción política no sólo está en manos de los políticos, sino de cualquiera que se lo proponga y se organice, procura un nuevo terreno de juego, en ocasiones observado en términos de batalla (nosotros contra ellos), y una nueva asunción de responsabilidades.

—Yo cuando la crisis tenía 13 años o así, y antes de eso no sabía cómo funcionaba el mundo. Cuando empezó la crisis empecé a entender las cosas, a interesarme mucho por la política. Es una pregunta que creo que nosotros no sabemos, porque es que antes no había nada por lo que preocuparse.

—Yo creo que la gente mayor también tiene en la cabeza de que los jóvenes de hoy en día pasan de todo. Pero luego te pones a hablar con gente de nuestra edad y te das cuenta de que nos estamos espabilando. También es verdad que llegas a una fiesta y te encuentras a la típica de 15 años —y lo digo yo, que tengo 20— y piensas, ¿Qué haces tú, cría, a las 9 de la mañana de fiesta? [...]

—Nosotros somos los que tenemos que empezar a crear esas cosas... creo que la gente joven le está empezando a echar cojones, porque es que están haciendo lo que quieren con nosotros, y a mí me da una rabia...

—Muy mal me parece el tema de que quiten becas y toda la leche, que suban los precios de la universidad, nos quejamos y tal pero [...] universidad, mi madre lo tiene que pagar.

—En el momento en que tenemos a nuestros padres, ya te empieza a angustiar. Antes la gente joven no hablaba de política.

BILBAO, MIXTO, 18-20, MEDIA-ALTA

Es cierto que la crisis alienta el debate político (algo palpable en los grupos), y que se ha ampliado el concepto de política como valor respecto a años atrás. Incluso desde los datos podemos observar cómo formalmente se aprecia un incremento del interés por temas políticos (de 4,37 en 2006 a 4,93 en 2013)². Pero aún están lejos de calar en los discursos mayoritarios las acciones de política alternativa o no convencional, sin duda en auge, pero todavía minoritarias.

2. Datos en *Jóvenes y valores (I). Un ensayo de tipología* (op. cit.) corroborados por el IJE 2012 (Moreno y Rodríguez, 2013).

Frente a las minorías (emergentes, significativas) que representan la nueva implicación política y que encarnan un activismo diferenciado y unos nuevos cauces de participación, con las nuevas tecnologías a la cabeza³, el discurso mayoritario aún se muestra titubeante a la hora de dejar atrás la visión más tradicional (política como lo que hacen los políticos, a quienes votas cada cuatro años, y en lo que, más allá de eso, poco puedes hacer), sobre todo desde la ya mencionada perspectiva del compromiso en función de resultados (sólo si sé que mi acción generará el resultado deseado la emprenderé) y desde el parapeto del miedo, que tiende a justificar cualquier inmovilismo⁴. Y, también, de nuevo, desde la atribución a otros, a los más jóvenes, a los que vienen, de una irresponsabilidad que convierte en irrelevante cualquier esfuerzo propio. Desde esta última perspectiva, los más jóvenes serían quienes darían la imagen negativa de la juventud en su conjunto, motivo por el cual el colectivo asume que no tiene nada que hacer para revertir esa imagen y que cualquier acción será inútil, justificando la aceptación del estereotipo para ahorrar esfuerzo inútil y evitar la frustración.

Frente a todo esto, lo que no cambia, lo que sirve de nexo de unión entre todas las posturas, ideologías y predisposiciones, es la visión crítica de quienes ejercen la política profesional y siguen fijando su imagen (y haciéndola negativa). Quizás en el contexto de esa visión crítica sí se ha consolidado de manera más evidente una vivencia de la confrontación, “ellos contra nosotros”, que en este momento aleja de forma dramática a la ciudadanía de sus gobernantes. La clase política es observada como una casta, que se retroalimenta y autorregula en pos de conservar sus beneficios y su estatus, que establece sus propias reglas internas y expulsa a quien no cumple con ellas, que se instala cómoda en la corrupción, y que no tiene mayor interés en entrar en contacto con sus ciudadanos si supone el riesgo de perder su posición de ventaja. Tal es la descripción que los y las jóvenes hacen del perfil general de sus políticos y gobernantes, descripción que será casi igual a la que hacen los adultos, y en función de la cual parece complicado que pueda cambiar la relación con el poder. Quizás si políticos y gobernantes comenzasen a conocer y aceptar las nuevas concepciones de política que calan en la ciudadanía, y las formas emergentes de participación y activismo, podrían acercarse posturas.

—El gobierno que tenemos, sólo miran por sí mismos, y si tienen que sacarse su propio dinero de los españoles lo hacen, y nosotros tampoco les decimos nada. [...]

3. El papel de las TICs en el activismo político y social es innegable, aunque en buena parte desconocido. Por esa razón, en estos momentos, el CRS está desarrollando una investigación sobre la cuestión, en colaboración con el grupo ICOP, de la Universidad Autónoma de Barcelona.

4. En este sentido, aunque entendemos las proyecciones de futuro que inciden en la generalización entre los y las jóvenes de esas actitudes ahora emergentes, motivo por el cual la actual coyuntura invitaría a ser más optimistas que nunca, lo cierto es que el mismo no se antoja tan sencillo ni parece vislumbrarse tan directo. Es así porque tiene que ver con discursos sociales muy asimilados, y con esa visión descreída y desconfiada con las propias posibilidades de España como país, que ya hemos mencionado anteriormente. Estas cuestiones ponen un interrogante en proyecciones como la siguiente: “Estos jóvenes y jóvenes-adultos dejarán de verse en un esquema de *insiders* y *outsiders*, encaminarán sus preferencias políticas hacia movimientos sociales o hacia populismos de izquierda o de derecha, y en ambas tendencias su vinculación con dichas iniciativas será mayor que la de sus padres o hermanos mayores. Su compromiso político se manifestará a través de nuevas formas de participación y protesta para cuestiones sociales concretas que afectan al conjunto del país, siguiendo por ejemplo el modelo del movimiento ‘Stop desahucios’ y desembocando en opciones políticas novedosas y capaces de recoger sus votos, como está ocurriendo actualmente en Grecia e Italia. Se apoyarán en un marco de movilización permanente, manteniendo la influencia moral y la ilusión de los que organizaron el 15M. Los adolescentes de 2018 se sumarán a estas iniciativas, jugando un rol como actores de cambio en 2022.” (Gentile, Sanmartín y Hernández, 2013: 57).

—Y sobre todo mucha corrupción.

—Y con sueldos altísimos, y sin grados escolares. Funciona también por enchufe, no han estudiado nada.

—[...]]

—Si los que manda o la gran mayoría son corruptos... ¿qué vamos a hacer?

—Y a los que no son corruptos les acaban pisoteando, entonces no sirve de nada ser alguien honrado, te van a pisotear y vas a bajar al final de cargo, los corruptos van a hacer que bajen para su propio beneficio.

—Si de cuatro corruptos hay uno normal a él se le echa y ya está.

MADRID, 16-17, CHICOS, MEDIA

3.3. LA IMPORTANCIA DE LAS TIC

Sin ser éste un estudio que centre su atención en la importancia de las nuevas tecnologías en los procesos de socialización, relación y comunicación entre los y las jóvenes⁵, lo cierto es que lo esencial de su papel en las interacciones entre adolescentes y jóvenes, también con y entre adultos, provocó que ellas y ellos hablaran de forma natural y espontánea del tema. Porque las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) dibujan un nuevo escenario social, en torno a nuevas maneras de relacionarse, nuevas expectativas, nuevos comportamientos, nuevas prioridades, nuevas posibilidades y nuevos procesos de integración y marginación. No entraremos a realizar un análisis detallado de todos estos aspectos pero sí abordaremos someramente la manera en que las nuevas tecnologías contribuyen a redefinir o adaptar determinados valores, lo que sí constituye el foco de nuestro interés.

A partir de la aceptación generalizada de que las TIC juegan un papel primordial en el día a día de adolescentes y jóvenes, y que marcan un punto de inflexión a la hora de interpretar determinados modelos de comportamiento y de relación, los protagonistas de este estudio señalan el tipo de valores que habrían sido afectados por la naturalización y generalización del uso de nuevas tecnologías y, más concretamente, por las redes sociales.

Autonomía

Las TIC, Internet y las redes sociales facilitan que los y las jóvenes sientan mayor autonomía a la hora de gestionar sus dinámicas relacionales, su agenda, su tiempo, sus contactos, sus redes de amistad, sus intereses y sus gustos. La idea que recorre los argumentos es que “haces lo que quieres, cuando quieres”, y que puedes tener acceso a todo tipo de información y de comunicación de manera rápida, inmediata, flexible, adaptable a necesidades. Todo ello conformaría lo que supone

5. Acercamiento que se ha hecho de forma exhaustiva en otros estudios del CRS; por ejemplo en Megias y Rodríguez, 2013.

una gestión del yo hasta ahora desconocida. Fundamentalmente porque pone en juego dos esferas dentro de la misma persona: yo *online* y yo *offline*, como realidades complementarias e indisolubles, cada una de las cuales se desenvuelve en un terreno de juego con normas distintas, pero conocidas y aceptadas por todos y todas (Megías y Rodríguez, 2013).

En este sentido, se abordan las posibilidades de poder gestionar el yo de una nueva y mejor manera, con mayores dosis de independencia respecto al resto de personas (especialmente respecto a adultos, padres y madres, cuya injerencia en los usos tecnológicos de adolescentes y jóvenes es escasa), desde la convicción de que Internet y las redes sociales son el lugar donde hay que estar, y que siguen ofreciendo muchas posibilidades por explorar.

Sentir que se forma parte de algo, reconocerse, reconocer y que te reconozcan, percibir las inmensas posibilidades que se ofrecen, y hacerlo todo en tiempo real, participando en el todo de la comunicación actual, procura esa sensación de autonomía que los jóvenes sitúan en el primer plano de sus prioridades. Frente a épocas pasadas en las que las TIC no estaban tan implantadas como actualmente, el valor autonomía así interpretado, se constituye en uno de los valores no sólo deseables, sino exigibles; lo contrario sería no aprovechar todas las posibilidades que las nuevas tecnologías ponen al alcance de la mano. Y esta concepción de la autonomía parece copar el significado que actualmente se da a tal valor. Si desde la autopercepción adolescente de personas en construcción, en el camino de la maduración y al encuentro de las responsabilidades, la autonomía se entiende como la capacidad de maniobrar al margen del control y la supervisión de otros (ante todo, los padres), las posibilidades que ofrecen las TIC contribuyen de lleno a dar sentido al concepto.

—Yo creo que las redes sociales las usas para lo que tú las quieras usa. Eres la que decides.

BILBAO, MIXTO, 18-20, MEDIA-ALTA

Conviene señalar, como hace Amparo Lasén (Lasén, 2010), que esa gestión del yo a partir de la cual (sobre todo los adolescentes) conciben su autonomía, y que es parte de sus necesidades relacionales, entra también a formar parte de su “educación sentimental”. Es decir, que, frente al mito de los nativos digitales que crecen aprendidos y socializados en los usos tecnológicos, la manera de relacionarse y comunicarse a través de las TIC, las normas de comportamiento que se ponen en juego (*netiqueta*) y la forma en que se reinterpretan o redefinen algunos valores, requiere de auténticos procesos de aprendizaje, y pone en juego estrategias de inserción y marginación que adolescentes y jóvenes deben aprender a manejar.

Comodidad/acomodamiento

Tener una ventana al mundo, a la información, al ocio, la comunicación y las relaciones, todo al alcance de un *click*, provoca una sensación de comodidad que inunda las percepciones de los y las jóvenes. Al igual que hemos mencionado respecto a la autonomía, la comodidad en relación a estos aspectos, a partir de las posibilidades que ofrece la tecnología, es algo que personas que han crecido con ello dan por hecho, lo presuponen, lo demandan porque constituye una necesidad creada.

En este sentido, la comodidad (que las cosas resulten sencillas, accesibles, cómodas) no resulta algo negativamente connotado y representa parte del universo simbólico que asocia la tecnología con el progreso; es decir, algo positivo. Pero también es cierto que, habitualmente, el discurso en torno a la comodidad tiende a ir acompañado por argumentos que inciden en consecuencias no tan positivas. Estas consecuencias estarían referidas al riesgo de acomodamiento y a la desvalorización del esfuerzo, que parecería no ser necesario en un contexto tecnológico en el que todo es aparentemente fácil. En este sentido, en una coyuntura social que sitúa el esfuerzo en el primer plano de las necesidades y los principios como medio a partir del cual revertir la situación y salir adelante, y como manera de apreciar el valor de las cosas (frente a la superficialidad y el materialismo, valores que estarían entre aquéllos que han conducido a la crisis), el universo tecnológico es un elemento disonante; más aún por cuanto resulta irrenunciable, como encarnación del futuro.

—Es una comodidad, es una comodidad, no hay que tirarla.

—Es una comodidad y la encuentro superútil.

—Claro. Pero no depender de ello, no depender.

—[...]

—Es perfecta, porque es útil, pero es malo porque no te deja ver la realidad, no te deja...

—Te abduce.

—...no te deja socializarte. Porque nos lo dan todo en la mano, cuando de verdad no...

MADRID, CHICAS, 16-17, MEDIA

Los propios jóvenes reconocen que esto puede ocurrir, y lo hacen desde los argumentos y la exposición de experiencias propias y cercanas (hablan de consultar menos fuentes secundarias, contrastar menos las informaciones, dar menos explicaciones en las interacciones personales y grupales, desatender algunas actividades *offline*...). Recordemos también que algunos datos refuerzan esta perspectiva de la dualidad entre lo que facilita y lo que dificulta la tecnología: en torno a un 45% de los y las jóvenes señala que, en relación a la influencia de las nuevas tecnologías sobre las personas y sus relaciones, “la gente es más eficiente o competente”, mientras en torno a un 75% dice que “la gente se vuelve más perezosa” (Megías y Rodríguez, 2013: 45).

Intimidad

Seguramente el valor intimidad es el que ha sufrido una transformación más clara a partir de la consolidación de la comunicación y las relaciones mediadas por las TIC, y de la generalización del uso de las redes sociales. Intimidad que ahora se entiende regulable, ampliada, expuesta, flexible... siempre en función de los límites que pueden marcarse, de la propia voluntad. Lo cierto es que, como se señala, participar de las ventajas que proporcionan los usos tecnológicos supone aceptar sus reglas de juego, de las que forma parte el hecho de que la intimidad esté expuesta. Es decir, que se asume que existirá una pérdida de intimidad, como precio a pagar por participar

del juego global. Pero ese precio se paga gustoso, porque compensan las ventajas, y porque el propio juego, la interacción, pierde sentido si no se realiza a partir de esa exposición del yo, regulable en muchos aspectos aunque no en todos: se asume que existirá información personal, datos, que circularán por la Red sin aparente control, de igual manera que se acepta que muchas personas sepan cosas de ti que de otra manera no sabrían. El hecho de que las normas sean comunes para todos, y de que la aceptación de las mismas sea imprescindible para que el juego continúe, facilita que la concesión se realice de forma despreocupada.

Asumir esta circunstancia, como hacen adolescentes y jóvenes, ha de llevarnos a revisar de forma esencial el tradicional concepto de intimidad, que en este contexto pierde buena parte de su sentido. Tanto es así que no resulta extraño escuchar cómo se dice que la intimidad está “desapareciendo” (en base a esa perspectiva tradicional, pues siempre habrá algún grado de intimidad vedada), incluso que carece de sentido en determinadas circunstancias. Así, nos situamos ante una manera de interpretar la intimidad que trasciende la esfera de lo personal, de los valores tradicionalmente asociados a la exposición pública *offline*, y está ligada a la gestión grupal del medio y de las propias relaciones (Megías y Rodríguez, 2013). Como señalamos en otra ocasión, “la frontera de la privacidad parece empezar en otro contexto: no en el acceso al medio (y, por tanto, a los ojos de otros muchos usuarios y usuarias), sino en la puesta en práctica de la comunicación en el filo que hace complementarios el yo *online* y *offline*. Entonces, a partir de esa conjunción entre lo virtual y lo presencial, sí se entiende que se accede a la intimidad de la otra persona.” (Megías, 2014)

—A la gente le gusta mostrarse, o a gente que no ha sido tan abierta. Para abrirte más.

—Yo creo que ha desaparecido, la intimidad.

—Hay poca.

—Especialmente por el Facebook.

—Hay alguno que pone hasta cuándo se va al baño.

—Eso significa que su intimidad le importa bastante poco. Depende de dónde tengas colocada tu intimidad. Si estoy cenado con los amigos a lo mejor comparto una foto con mis primos, pero si estoy con mi novia...

—No en tu caso, en general. Lo que has dicho, que hay gente que va al baño y lo cuelga.

—Eso es su problema.

—Como concepto general, la intimidad está desapareciendo.

BARCELONA, CHICOS, 21-24, MEDIA

Comunicación/incomunicación

Las redes sociales establecen nuevos patrones a partir de los cuales generar y proyectar las expectativas de relación y comunicación. Relacionarse al máximo será la norma, y acumular contactos y redes de amigos y conocidos será el patrón dominante; siempre desde la lógica (acep-

tada como parte del juego) del “por si acaso”, ejercicio que persigue no perder ninguna oportunidad, exprimiendo al máximo las posibilidades (en este caso relacionales) que ofrecen las TIC. Y todo ello a pesar de que socialmente sigue persistiendo un discurso general sobre el deber ser de las relaciones sociales, que tiene que ver con la presencia física y la comunicación verbal, que encarnan el espacio en el que tendrían lugar las cosas “importantes” (Gordo y Megías, 2006)⁶.

Aquí se pone en juego la dualidad de la tecnología que acerca y la tecnología que aleja, en base a lo que se interpreta son buenos y malos usos: tecnología que facilita estar y mantener el contacto con personas que de otra manera no estarían en tu vida (o no tanto), que permite conocer gente y superar determinadas barreras o inseguridades, que democratiza el flirteo, etc.; pero tecnología que también puede complejizar los flujos de comunicación, introducir ruido en las conversaciones, rebajar la calidad de las mismas, incomunicar en el corto espacio... Por todo ello, el valor comunicación alcanza jerarquías antes desconocidas, y asocia a la necesidad que ya representaba la que añade el que ya parece irrenunciable uso de las nuevas tecnologías (redefiniéndolo y haciéndolo más complejo).

—Creemos que nos hemos vuelto más sociales, pero yo creo que es al revés, que estamos menos sociales que nunca.

—Sí. Yo he visto a una pareja en un bar y cada uno con su móvil y no hablan.

CÓRDOBA, MIXTO, 21-24, MEDIA-ALTA

—Cuando estás con gente y te sientes bien eres más fuerte.

—Puedes tener tus amigos, tu familia, y para tu día a día es muy importante.

—Ya sé a dónde quieres llegar, yo creo que ahora ha cambiado la sociedad. Hace unos años era más importante tener amigos, ahora para mucha gente su mejor amigo es Mario y Luigi.

—[Risas]

—Es verdad, jeje.

—El WhatsApp nos vale, en vez de tener que bajar a la lonja, y en vez de llamar a alguien para ver cómo está vemos sus fotos en Instagram.

BILBAO, MIXTO, 18-20, MEDIA-ALTA

Las nuevas tecnologías también procuran un nuevo escenario en el que encontrar sentido al amor, la amistad y el afecto. Por un lado, como apuntamos, porque se asume la completa complementariedad (y necesidad de que así sea), de lo *online* y lo *offline*. De tal manera que las relaciones (de amor, de amistad, de afecto) también tendrán lugar, y han de tenerlo, en el terreno *online*, en el que también se hablará de cosas importantes y necesarias, aunque desde un lenguaje y a partir de unas normas distintas a las que implica el lenguaje oral, presencial.

6. Actualmente está plenamente aceptado que este principio es perfectamente compatible con una presencia habitual en el escenario *online* (Megías y Rodríguez, 2013).

Por otro lado, porque ante valores tan preciados, a los que se exige tanto, como la amistad (Rodríguez, Megías y Sánchez, 2002), las redes sociales y la tecnología en general procuran la constante presencia, el “roce”, que puede dar pie a que se asienten y refuercen las relaciones y a que se consoliden los lazos de confianza que quizás de otra manera costaría más.

Frente a esa perspectiva de las TIC como medio para asentar y reforzar la confianza y, con ello, las relaciones, también existe una contrapartida (de nuevo, las dualidades que genera la tecnología), que tiene que ver precisamente con el reverso de la mencionada capacidad de gestionar el yo. Nos referimos a la desconfianza que puede generar en el otro, sobre todo cuando hablamos de relaciones sentimentales o de pareja (y lo señalamos porque los y las jóvenes lo sacan a la palestra enseguida). Desconfianza sustentada en las posibilidades de engaño, en los celos, en la dificultad para el control, en desconocer el comportamiento *online* de la otra persona... Cuestiones que también pueden tener lugar en el terreno *offline*, pero que ahora encuentran nuevos espacios de desarrollo.

Futuro/progreso

Además de la influencia que tiene a la hora de dotar de nuevas perspectivas a determinados valores, sobre todo en la esfera de lo relacional, la tecnología parece haber ocupado el lugar de un valor en sí mismo. Fundamentalmente desde la perspectiva que la equipara al futuro y al progreso.

Evidentemente las nuevas tecnologías ya forman parte del presente, y de hecho lo definen en muchos sentidos, como estamos viendo. Y desde el presente encarna el lugar en el que hay que estar, en el que es necesario sentirse integrado y desde el que se habla y comunica (Megías y Rodríguez, 2013). Pero también constituye la proyección de mejora, de progreso, el camino a seguir.

En lo que a la ciudadanía se refiere, encarna la posibilidad de un futuro de dimensiones aún desconocidas, y otras que se intuyen y que pueden mejorar la convivencia, las oportunidades, la vida en general. Por poner un ejemplo que manejan los y las jóvenes, tecnología como encarnación de la esperanza de mayor y más libre participación ciudadana, y como posibilidad para mejorar la democracia (a la hora de votar, de manifestar quejas y demandas, de relacionarse con el poder, de procurar transparencia...).

Por todo ello, existe gran paralelismo entre la asimilación de la juventud como un valor que encarna el futuro (como veremos en el último epígrafe del siguiente capítulo), y la misma asimilación respecto a la tecnología. Siguiendo el silogismo, si los y las jóvenes son el futuro, y el futuro está en la tecnología, los y las jóvenes han de estar en la tecnología, como condición que se asimila a su propia naturaleza y condición.

—Ahora mueve el mundo la tecnología, y eso es normal.

—En mi clase es que... es que... es que no hay persona que no esté con el móvil en clase.

—Pero es eso es el futuro. Yo tengo Ipad, y tengo WhatsApp...

—No te digo... tener una pizarra digital, te digo... estar así con el móvil en clase, o tener trescientos ordenadores en tu casa... no sé cuántas teles, no tener en cada...

—Yo te digo que si se fuera la electricidad y se fuera la tecnología... nadie sabría vivir. Porque todo el mundo depende de un teléfono, de un ordenador, de un...

—[...]

—Yo no puedo decir nada malo de eso, porque quieras o no tenemos que convivir con ello.

MADRID, CHICAS, 16-17, MEDIA

4. HACIA EL FUTURO

Como hemos visto, se extiende la percepción de vivir en un clima social hostil, que ofrece escasas oportunidades en el presente y plantea un futuro incierto, más aún para los y las jóvenes. Evidentemente, eso se traduce en las expectativas vitales y en los comportamientos y actitudes del momento.

Desde este común punto de partida, para sentar las bases de un proyecto vital y encarar el futuro sin sucumbir al desánimo, dentro del discurso general se plantean dos escenarios distintos; desde una perspectiva de modelos ideales, pero perfectamente compatibles en la práctica. Los valores a partir de los que cobran sentido esos escenarios no son exclusivos de cada uno de ellos, y los y las jóvenes asumen o pueden asumírselos todos, sin que exista necesidad de decantarse por una u otra opción. Es más, la mayoría se reconoce en ambas caras de la moneda. Pero la asimilación y reproducción de los valores cobra pleno sentido en función de esos modelos, que por otro lado son incorporados por la mayoría.

Por ello, los dos primeros epígrafes de este capítulo se centran en esos dos modelos (que, repetimos, no son exclusivos ni representan posiciones estancas), como forma de acercarnos, desde dos aproximaciones distintas, a los valores que encarnan. Por otro lado, el tercer y último epígrafe pretende analizar, entre los elementos que hemos ido desgranando, aquéllos que pueden suponer un aprendizaje (o no) y de qué manera se traduce eso en valores.

4.1. LA VÍA NORMATIVA

El camino marcado

Todas las conversaciones que, de forma más o menos explícita, se producen entre jóvenes en torno a los valores y principios que caracterizan la actual sociedad, están recorridas transversalmente por dos aspectos, de presencia constante. El primero, como no podía ser de otra manera, y tal como hemos visto y analizado hasta el momento, es la crisis. El segundo, relacionado con el primero pero con entidad propia, es el que tiene que ver con la asunción de que existe cierto camino marcado en la vida, que determina buena parte de los proyectos, expectativa y deseos, pero también decepciones y frustraciones. La perspectiva de ese “camino” se hace especialmente evidente en los años que conducen hacia la vida adulta, y precisamente por ello, genera un discurso propiamente generacional.

—Pero te das cuenta de que todos vamos por el mismo camino, no nos conocemos de nada y pensamos igual, más o menos. Cada uno tiene su vida, su historia, y piensa diferente porque cada uno es un mundo diferente. Pero la sociedad es quien está

marcando que tienes que estudiar para poder trabajar bien, es un círculo, y nosotros vamos haciendo el círculo como gilipollas, estudiando, buscando trabajo para ganar dinero.

—Y jubilarte a los 67, para luego durar 10 años.

—Luego ten hijos y paga tal y pascual.

BARCELONA, MIXTO, 18-20, MEDIA-BAJA

—A mí no me dan la oportunidad, yo creo. Le digo a mi padre que dejo la carrera y le da un ictus. Puedo elegir dejar la carrera, pero tengo que pensar en las consecuencias, estoy coaccionado. Dependiendo económicamente de mis padres, luego está el disgusto que les puedes dar, decepcionarlos. Yo soy de las personas que he ido tirando recto porque se lo han dicho, yo no lo he pensado. En ningún momento me he ido planteando cosas en la vida, porque estaba todo programado.

BARCELONA, CHICOS, 21-24, MEDIA

En primera instancia, lo que hemos denominado como el “camino marcado” tiene que ver con lo que ya en su día nombramos como “pacto o contrato social” (Conde y Rodríguez, 2001; Rodríguez y Ballesteros, 2013), por el que determinada inversión formativa tendría como resultado la integración sociolaboral de los y las jóvenes. A partir de ahí, tras completar el periodo de formación que teóricamente procurará un empleo, en el imaginario colectivo se encajan las piezas que componen el simple puzzle de la que se entiende por vida adulta: tener una casa, preferiblemente en propiedad (Ballesteros, Megías y Rodríguez, 2012), formar una familia y procurar la estabilidad o la promoción social de la misma.

Evidentemente existirán personas que no acepten o no encajen, por voluntad propia o por circunstancias vitales, en este modelo, pero lo cierto es que el mismo tiene una fuerza tal que marca los límites de lo que se entiende por “normalidad” en relación al camino hacia la vida adulta, y en base a ello determina de forma importante las percepciones, las expectativas, y los juicios de valor. En definitiva, el *deber ser*, de tal forma que adaptarse o cumplir con el camino se entiende como hacer “lo correcto” (los propios jóvenes así lo llegan a enunciar), y desde la infancia se asimila casi como opción única o, cuando menos, la más adecuada o mejor para alcanzar la meta de la felicidad (sea ésta la que sea) y la estabilidad (social, emocional, económica).

—Para mí, llegar a ser feliz es encontrar el trabajo, y para eso tengo que estudiar, estudiar Bachillerato para luego hacer una carrera y poder llegar a un trabajo que me haga feliz. Ahora a lo mejor tengo que hacer algo que no me gusta, pero es lo que tengo que hacer, es una responsabilidad, para llegar a lo que quiero.

—Ya, pero supongo que la felicidad no está sólo en el trabajo.

—Pero es lo que quieres, si tienes un objetivo cuando llegas ahí eres feliz, en parte.

—Eres feliz cuando lo consigues, pero cuando pasa el tiempo. . .

—Con ese trabajo voy a estar feliz porque he invertido unos años de mi vida para poder estar ahí, es como que he aprovechado esos años.

MADRID, 16-17, CHICOS, MEDIA

Como también hemos señalado, la coyuntura económica reduce dramáticamente las oportunidades y complejiza la integración laboral, de tal manera que las antiguas condiciones y salarios directamente pasan a engrosar las listas de lo utópico, cuando no es la obtención de un trabajo en sí mismo lo que deviene en deseo ideal. Así, mientras los y las jóvenes siguen cumpliendo con el primer eslabón de la cadena (completar sus estudios), lo cierto es que el siguiente o los siguientes eslabones fallan, y ello provoca que la maquinaria en su conjunto no funcione: sin trabajo no se puede acceder a una vivienda, las condiciones dificultan formar tu propia familia, a la que además cada vez resulta más difícil ofrecer la estabilidad que requiere. En definitiva, el contexto social impide o entorpece que se cumpla el camino, la senda de la “normalidad”. Con dos proyecciones añadidas: la primera que generalmente se reconoce que el único camino para resituarse en la senda del crecimiento es la vuelta a la formación (Rodríguez y Ballesteros, 2013); la segunda, que, a pesar de todo, salirse del camino se considera algo casi utópico, que se contempla con temor e inseguridad (“¿qué hago si no?”), con envidia si se ve en otros (que tienen el valor de vivir de otra manera), o desde el desafío de tener que ser rebelde (“¿cómo les digo a mis padres que quiero seguir otro camino?”).

—Es como el camino, sí; primero colegio, después uni. . .

—La gente lo hace porque se tiene que hacer [. . .]

—Depende del tipo de familia que tengas, si es de clase alta, media o baja; en mi colegio el 99% de los estudiantes que entraban iba a hacer carreras, nadie dejó el Bachillerato a medias y luego saltó a la carrera. Y luego había gente que el Bachillerato ni se lo planteaba, se metían a carpintero o lo que fuera. Y eso, por lo que veo, está muy desprestigiado, si no vas a la universidad. Si digo a mis padres que no quiero ir a la universidad y les digo que quiero ser cocinero me echan de casa [. . .]

—Yo creo que desde el tema social, todos seguimos nuestro camino porque se tiene que hacer así y triunfan los que son muy buenos o el que se sale del camino. El que se separa de este camino, el que dice yo voy a hacer algo distinto.

—Pero está como mal visto, lo que decíamos antes.

—Ese tío está chalado, es una persona antisocial, no está siguiendo las pautas que hace todo el mundo.

BARCELONA, CHICOS, 21-24, MEDIA

Todo ello puede llegar a provocar una dualidad de complicado manejo: no me puedo salir del camino, pero el contexto social me impide transitar ese camino. Así, no es extraño que entre los y las jóvenes se instalen las sensaciones de incertidumbre e inseguridad, desde el momento en que desconfían de la auténtica operatividad de los pasos seguidos y la trayectoria trazada, y encuentran constantes pruebas a su alrededor que atestiguan el fracaso de los modelos que condujeron a la situación actual (modelos que incluían la aceptación incondicional del mencionado camino, aunque aceptando el abandono de los estudios si era para entrar en el mercado laboral, algo que ahora no se contempla, entre otras cosas, por inviable). Además, tampoco es extraño que en este proceso de dudas e incertidumbres, valores como el esfuerzo, la responsabilidad o la motivación, se vean inmersos en esa compleja dualidad, puesto que se abanderan como solución a la vez que se interpretan como inoperantes (“¿para qué me voy a esforzar?”).

En este contexto, la clase social resulta determinante. No sólo porque las condiciones económicas te sitúan en el camino de una forma bien distinta, con oportunidades y alternativas muy diferentes. También porque el espejo del estatus familiar sustentará las expectativas generales. Así, padres y madres marcan un listón difícil de mantener hoy en día, salvo en clases altas y acomodadas.

—Empieza con los padres, implica que seas más que ellos.

—Claro.

—Si tu padre se tira 12 horas trabajando quiere que tú trabajes en una oficina, que no te manches las manos. Te va a guiar por ese camino, te va a decir que se ha gastado un dinero en eso, y que si te desvías vas a acabar como él.

—Te están diciendo que hay que trabajar, ir a la universidad, porque si no, no serás nadie o ganarás menos dinero. Pero tengo amigas que han terminado ARE y que su sueño es trabajar en la Caja de Pensiones, cobrando 1.000 euros al mes —uno de los sueldo más bajos junto con los publicistas y los dependientes— y sus padres les han marcado eso, que tienen que hacer eso o no serán una mierda. Lo han hecho y desde mi punto de vista son una mierda.

—Supongo que viene de los padres, porque antes, si estudiabas una carrera en principio tenías mejor trabajo. Estudiabas una licenciatura y salías mejor parado que en una diplomatura, si no estudiabas nada y tenías el BUP y COU no tenías mucho trabajo importante. Y nuestros padres nos han intentado transmitir eso, al menos a mí.

BARCELONA, CHICOS, 21-24, MEDIA

Lo que actualmente se observa como dramático, o cuando menos se mira desde la preocupación, es la convicción de formar parte de la primera generación que vive y va a vivir peor que sus padres y madres, desde el punto de vista de la estabilidad y el estatus socioeconómico. En este sentido, los y las jóvenes de mayor edad (con referencias de primera mano de épocas de bonanza) pueden vivir la situación con un mayor componente de frustración que jóvenes de menor edad, que ya han dado sus primeros pasos socializadores en un contexto de crisis y precariedad, y asumen esa condición con mayor naturalidad y resignación¹. Para completar la dinámica, las percepciones de la sociedad en su conjunto quedan fuertemente marcadas por la manera en que viven (y sufren) la situación unos adultos, padres y madres de esos jóvenes “precarios”, que ven truncado el tradicional axioma que persigue que sus descendientes “tengan todo lo que yo no tuve”. Por primera vez en la historia moderna de España tal cosa parece irrealizable, adultos y jóvenes lo saben, y ello marca de forma esencial las percepciones relativas al éxito y el fracaso social, siempre a partir del grado de aceptación del nuevo escenario, y la frustración que ello pueda ocasionar.

Desde otra perspectiva, minoritaria, se encuentran posturas contrarias a la asunción acrítica del supuesto camino marcado. Por un lado, desde una perspectiva estructural, entendiendo que el

1. Hemos podido comprobar *—Jóvenes y valores (I). Un ensayo de tipología (op. cit.)—* que la clase social marca diferentes expectativas en relación al ámbito laboral.

mencionado camino, reflejo de un sistema y un modelo económico que lo dota de significado y sentido, en su fracaso, implica también la negación de esos modelos (hipercompetitividad, consumismo...). De manera gráfica, se llega a decir que vivir ese proyecto vital como opción única supone “vivir una mentira”, tras cuyo desenmascaramiento descubriremos que la vida no responde a patrones tan estandarizados ni a principios tan ideológicamente marcados.

—Lo que te ponen todo el rato es un prototipo de persona que no existe, y la gente piensa que es real, y no, no es real, o sea... no sé cómo decirlo... Que no es que no sea real. Es que por mucho que hagas, nunca vas a llegar a ser ese prototipo...

—Es que es mentira ese prototipo. Es mentira.

—Te lo pintan todo feliz y la vida no es feliz.

—Claro.

—A ver es como... te venden algo que no es real, ¿sabes? Que no es real.

—[...]

—Pero, ¿cuándo te han enseñado eso? ¿A los cinco años?

—Pero es que no te lo tienen que enseñar, es una forma de pensar. Y esa forma de pensar...

—Sí, pero con cinco años o con tres años... es cuando empiezas a aprender tus valores y ser como quieras ser.

—... Y ser tú mismo y no intentar ser alguien, o sea, ser tú mismo.

MADRID, CHICAS, 16-17, MEDIA

Por otro lado, desde una perspectiva personal, estas voces alternativas al discurso mayoritario señalan que resulta necesario escapar al pensamiento único que supone aceptar el modelo, precisamente porque la divergencia bien encauzada contribuye al progreso. En base a esta visión desde lo humano, salirse del camino puede suponer “encontrar tu lugar”, y se constituye en prueba de la posibilidad de escoger y, por tanto, de una libertad que no abundan en tiempos en los que tantas cosas parecen preestablecidas.

—Uno tiene que encontrar su lugar, y si vienes obligado a seguir un camino te guste o no... Parte del talento que se pierde en este país es por eso, la gente está encajonada, nunca tendrá derecho a escoger, ya tienen un destino marcado.

—[...]

—Ayer me reencontré con un amigo que es biólogo y lleva ocho meses recorriendo el sudeste asiático con dinero que ha ahorrado aquí. No sé cuántos idiomas habla, no va a trabajar en su vida de biólogo, y admiro a este tío. Tiene un estilo de vida diferente, no necesita trabajar de biólogo y no se siente desaprovechado, trabaja de lo que sea. Es el estilo de vida que quieras coger, también. No se puede vivir del aire, pero puedes vivir de otras maneras. Lo que me ha contado este hombre que ha hecho, lo que ha vivido y aprendido en seis meses... Yo he hecho dos asignaturas de la uni... Yo lo que me refiero es que este tío era el más feliz del mundo. Me decía,

no tengo ni un euro ahora... Pero lo que decía, que él estaba satisfecho consigo mismo. Y ahí está el que tú mismo te sientas bien al final. Por supuesto que estás condicionado y quieres satisfacer un poco a tus allegados, pero si ellos ven que tú estás satisfecho con lo que haces... Tampoco es que seas un cabeza loca, simplemente vives otro estilo de vida. A esa gente la admiro.

BARCELONA, CHICOS, 21-24, MEDIA

Además, la exigencia de seguir lo marcado puede frenar el logro de autonomía respecto a padres y madres. Esta autonomía se contempla no tanto como un proceso cuanto como un punto de inflexión. Y si se produce un retroceso, si se cede a una dificultad (cosa muy probable en el contexto actual), eso supondrá un fracaso. Mejor evitarlo, retrasando la autonomía o evitando los caminos alternativos.

Desde la mencionada perspectiva minoritaria, seguir el camino marcado sin aprender alguna lección en relación al fracaso de determinados modelos sociales puede ser prueba de una transmisión de valores equivocada, que sería responsabilidad del conjunto de la sociedad.

En cualquier caso, lo cierto es que en el discurso dominante no parece esconderse la apuesta directa por la divergencia o el camino alternativo ("propio", como decían las mencionadas minorías), sino la necesidad de adaptarse a las circunstancias y ser más competitivo, para seguir teniendo una proyección de futuro que no se aleje tanto de la prefigurada. Es decir, no se cuestiona tanto el sentido ni los valores que dotan de significado a la trayectoria prefijada, sino la viabilidad actual de las estrategias adoptadas para recorrerla. Así, los vaticinios de algunos expertos encuentran sentido: "La mayoría de los jóvenes cambiarán sus pautas de gasto y ahorro en comparación con las anteriores fases alcistas. No obstante, y como viene siendo habitual en España, utilizarán sólo una parte de sus ingresos porque preferirán ahorrar para luego poderse permitir la compra de un piso y asegurar así su emancipación." (Gentile, Sanmartín y Hernández, 2013: 21)

La norma

Como señalamos en el epígrafe anterior, existen determinados elementos que componen lo que el imaginario colectivo y los discursos mayoritarios entenderían como normalidad, espacio que marca buena parte de las expectativas, los juicios de valor y la socialización. De igual manera que el mencionado camino hacia la madurez y la vida adulta cobra sentido en torno a algunos de esos elementos, que sitúan en tierra de nadie a quienes no transitan por la senda que marcan, en el presente existirán toda una serie de acuerdos generales que marcarán la convivencia. Por ello, al hablar de normas sociales, el discurso inmediato remite a las leyes y al comportamiento cívico, reglas básicas que regularán la interacción entre las personas, y que es necesario aceptar, acatar, y ante las que hay que responder, para estar socialmente integrado, para no caer en la marginalidad. Así, no aceptar las normas de convivencia es señalado como un comportamiento asocial ligado a una rebeldía perversa, o rebeldía mal entendida, anormal desde el momento que no cumple con los patrones de lo establecido.

Reglas, por tanto, que llegan a definir la normalidad, en un ejercicio que puede derivar en el señalamiento del valor rebeldía (que analizaremos más adelante) como un ejercicio innecesario

que altera la convivencia y la estabilidad. La duda se plantea cuando ese ejercicio de “normalidad” supone una renuncia absoluta al cuestionamiento del poder, al ejercicio de exigir determinados derechos; y cuando va ligado a la aceptación del discurso único como forma de convivencia. La aceptación acrítica de las normas puede resultar el terreno de juego ideal para que desde posiciones ventajistas se consiga que un sector de la población renuncie a determinados derechos, a cambio de una aparente tranquilidad.

Resulta evidente la necesidad de normas que regulen la convivencia. Lo remarcable en épocas de crisis es la manera en que, desde algunas posiciones, se sitúa en primer lugar de las teóricas necesidades sociales el que exista un fuerte corpus legal, regulador y sancionador, de la mano de una actitud vigilante y controladora por parte del Estado; y, sobre todo, que otros valores y derechos pasen a estar supeditados a ello. Más aun, en relación con el tema que nos ocupa, cuando esa lectura de la norma traspasa las leyes para instalarse en las expectativas vitales y sociales, situando a quienes tengan una voz discordante en posiciones marginales.

El hecho de que el valor rebeldía, negativamente connotado, sea contrapuesto de forma directa al acatamiento de las normas, y que estas normas se identifiquen con las leyes, no impide que dentro del discurso general se acepte que hay normas que cercenan el bienestar y los derechos individuales, y que no pasa nada por no acatarlas (cuando menos, que dicho desacato no resulta tan grave). Nos referimos a cuestiones relativas a la regulación de determinados consumos (beber, fumar, consumir sustancias ilegales) o determinadas actividades ligadas al ocio (piratear discos, por ejemplo). Desde los datos, como observamos en *Jóvenes y valores (I). Un ensayo de tipología*, podemos corroborar esta circunstancia (por ejemplo, respecto al *pirateo*), de la misma manera que ocurre para cuestiones relativas a la moral privada, como el aborto o la adopción de hijos por parte de parejas del mismo sexo. En tales casos, se abandera el derecho a la libertad y a la autonomía, desde el argumento de que el desacato no tiene influencia negativa sobre otras personas².

—Respecto a eso, la normativa va muy ligada a la libertad. Este país no será en el que más, pero el tema de la libertad y las normas va muy ligado. Muchas normas no permiten que la gente exprese lo que quiera o que disfrute de la vida; si me tomo una cerveza por la calle, me multan. Y si le dices al policía que por qué no le dice nada al que está vendiendo las latas por la calle o a la que está vendiendo su culo a dos calles, te dice que por lo que gana no se juega la vida. Y llega un punto que, entre que la policía no sirve y ponen ellos las normas, que además no son lógicas. . .

BARCELONA, CHICOS, 21-24, MEDIA

Actualmente y como consecuencia del nuevo escenario de pobreza y dificultades que genera una época de crisis, incluso deja de estar mal visto el desacato a otro tipo de normas que tras-

2. Esto resulta paradójico respecto al *pirateo* de discos y películas, por cuanto tiende a obviarse el perjuicio para creadores e industria, en lo que conforma un tema especialmente sensible que pone en juego cuestiones relativas a la propiedad intelectual, la apropiación sentimental de bienes intangibles, y la política tradicionalmente ventajista de una industria actualmente superada por el nuevo terreno de juego que marca la tecnología.

cienden la esfera de lo individual, si se entiende que éstas van contra los derechos humanos (por ejemplo, la insumisión ante los desahucios). En estos casos, el desacato se entiende como auto-defensa, y como lucha contra el poder y la injusticia. Y esa justificación se refuerza con la percepción de que los poderosos se saltan las leyes y las normas, y no les pasa nada.

Además, la fuerza del grupo (en el caso de los desahucios muchos movimientos sociales apoyan actitudes de este tipo, como puede ocurrir con otros asuntos) legitima el acto de rebeldía como parte de algo colectivo, en cualquier caso alejado del simbolismo de la marginalidad social. Es la rebeldía proyectada desde el plano individual, la que tiene que ver con salirse del camino socialmente marcado, la que más dificultad encuentra para ejercitarse sin que ello genere un conflicto personal.

—Totalmente libre no vas a ser, siempre tienes que [...] si no... la sociedad se va a pique.

—Y cada vez estamos más atados, porque hay unas normas, pero normas que ponen cuatro tontos porque se aburren.

—[...]

—Moderador: ¿Cuáles son vuestras responsabilidades como ciudadanos?

—Respetar a la sociedad.

—Respetar las leyes.

—Pero respetar las leyes, depende de qué leyes.

—No puedes ir por la calle dando hostias a la gente, por ejemplo.

—No, claro, pero tampoco es ir por la calle sin pantalones porque has tenido que venderlos por respetar las leyes, no sé si me entiendes...

—Sí.

—Yo creo que la responsabilidad es respetar a otro igual que te respeten a ti.

—Tienes que respetar tú antes también.

MADRID, 16-17, CHICOS, MEDIA

Todos estos argumentos se complican con un discurso que, sin dejar de ser asumido como estereotipo, se interpreta como justificado: los españoles, por carácter y naturaleza, necesitan del control, la vigilancia, incluso la sanción, como única vía para no saltarse las normas. Pese al aparente convencimiento intelectual y moral, de que las normas y leyes de convivencia son imprescindibles, se entiende que las particularidades culturales de los ciudadanos y ciudadanas de España procuran cierta tendencia a la picaresca (que muchas veces se observa desde la simpatía o empatía). Así, por ejemplo, se asume que vivimos en un país de corruptos, con la injusta generalización que ello supone.

—Allí en Alemania no tienen carteles de hay que pasar a ciento veinte kilómetros, o sesenta kilómetros... allí saben cuándo tienen que parar y cuándo no. Y hay muchísimos accidentes allí... vamos han sacado... como se llama... que comparan...

—Estadística.

—... o sea, que no te tienen que poner un límite, que tú sabes perfectamente que...
—Clara, cuando te tienes que...
—... y aquí en España, no. Ahí es donde yo creo que la sociedad está más avanzada, allí. Y aquí no.
—Pero porque a nosotros nos han educado o yo qué sé. Estamos distintos educados...

MADRID, CHICAS, 16-17, MEDIA

Así se nos ofrece la visión de una sociedad que entiende la tutela, que muestra renuencia al mero ejercicio de la responsabilidad personal (si no cumplo las normas es porque me lo han permitido, porque no me controlan adecuadamente) a la vez que se siente legitimada para observarse víctima de las instituciones que la controlan. Esto, en un clima de grave desprestigio de esas instituciones. A la luz de la baja valoración de casi todos los representantes institucionales, la pregunta es quién tiene actualmente la legitimidad para establecer la mencionada tutela.

4.2. UN CAMINO DIFÍCIL

El esfuerzo

Una situación de crisis como la actual sitúa a los y las jóvenes ante el convencimiento de que ocupan una posición desfavorable, incluso hostil. Asumiendo que el pacto social está roto, que el mercado laboral es precario, que estabilidad y seguridad son privilegios pasados, y que, en líneas generales, “vienen mal dadas”, se impone la necesidad de tener que redoblar el esfuerzo. Esfuerzo asociado a sacrificio, dedicación, constancia... A no rendirse frente a todas esas circunstancias que definen la actual situación, los palos en las ruedas que impiden el avance.

El clima social que genera la propia coyuntura procura que, cuando menos a nivel discursivo, el esfuerzo como valor cale en ámbitos más allá del entorno formativo y laboral. Esfuerzo como actitud y como premisa. Esfuerzo que no sólo se constituye en el motor que permite la marcha, sino que también es la medida para valorar cada paso que se da, cada obstáculo que se supera en el camino.

—El esfuerzo ahora es fundamental. Miras a los adultos y la mayoría no tienen estudios y han trabajado desde pequeños. Algunos porque les tocó eso, pero igualmente les fue mucho más fácil que a nosotros.

—[...]

—Ya se ha acabado tanta fiesta, porque no podemos.

—Antes, sin esfuerzo lo tenías. Ahora es cuando estamos empezando a esforzarnos para tener las cosas.

—Lo típico que te decían los padres, de estudiar. Y después sí, es verdad. Y los niños no lo ven tampoco.

BARCELONA, MIXTO, 18-20, MEDIA-BAJA

Esta última perspectiva resulta esencial a la hora de entender la dimensión actual del valor esfuerzo. Porque entendido como sacrificio necesario se hace a regañadientes (mucho más puesto que “no están acostumbrados”), forma parte de las cosas que se asumen con resignación en base a la coyuntura que marcan las nuevas circunstancias. El esfuerzo entendido como respuesta a una situación concreta corre el riesgo de entenderse como algo finito, que dejará de tener sentido cuando la situación vuelva a ser la de antes, algo que parece asumirse.

La segunda perspectiva del esfuerzo es “lo que permite valorar las cosas, lo que cuestan” en términos de dedicación, sacrificio y renuncias. El sacrificio presente puede procurar que en el futuro se otorgue más importancia a la estabilidad y a la ausencia de necesidad; frente al acomodamiento que procura la seguridad (“dar todo por hecho”), la actitud proactiva que genera la necesidad puede facilitar que “se aprenda la lección”, puede ayudar a enfrentar situaciones como la actual desde la resignación y la desmotivación.

—La gente no valora nada. A mí es lo que más me preocupa... no valora, no tiene objetivos, no tiene... [...]

—Eso es por sus padres.

—Por ejemplo, llegar a casa y desde pequeño explicarle a tu hijo, este plato de comida ha sido por tal, por mi esfuerzo, por no sé qué. No que ahora llegas a casa, realmente no te paras a pensar. Jo, ahora mi madre lleva tanto tiempo cocinándolo y encima ha tenido que ir a la compra y ha tenido que ir a trabajar... y comprarlo con... ¿sabes? Dar todos los pasos atrás, que de repente...

—Pero el problema, ¿sabes qué pasa? Que cada familia es un mundo, cada padre es un mundo y cada educación es un mundo, ¿sabes?

MADRID, CHICAS, 16-17, MEDIA

Hay que aprender a valorar las cosas, no sólo por el esfuerzo que implica alcanzarlas, sino sobre todo por la empatía que procura vivir en una coyuntura social complicada para mucha gente, y desde la asunción de que la propia situación puede cambiar a peor. En definitiva, “valorar las cosas”, se sitúa en el discurso mayoritario en el centro de las nuevas prioridades, como una indispensable tarea para que la sociedad española, y cada uno de sus ciudadanos, encare con mayores garantías el futuro.

Dos aspectos, como explican los y las jóvenes, dificultarían la auténtica puesta en práctica del valor esfuerzo, más allá de su asunción formal. Por un lado, la general desmotivación. Como pesadilla que se muerde la cola, la ausencia de expectativas de futuro, puede generar que no se valoren tanto los esfuerzos presentes, y la falta de éstos no permite encarar el futuro con las necesarias garantías...

Señalan, al mismo tiempo, que “sin esfuerzo no hay futuro” y “para qué me voy a esforzar, si el futuro es negro”. Esta perspectiva del esfuerzo centrada en los resultados, puede ser el camino más corto hacia la desmotivación y la frustración. Por ello, romper esta dinámica (tratar de encontrar el valor primario del esfuerzo, la necesidad, la dedicación, el sacrificio...) serviría para vencer la resignación ante el futuro.

—Yo creo que nosotros nos desmotivamos mucho, lo que estábamos diciendo antes; voy a estudiar la carrera, quiero ser, no sé, profesora, y luego llegas, ¿y qué? ¿Dónde ha ido tu esfuerzo si no eres profesora? Esto pasa mucho, antes estudiabas lo que querías y tenías trabajo, ahora igual eres profesora y acabas siendo basurera porque has hecho una oposición.

—[...]]

—Y la gente se esfuerza y ve que no consiguen nada, que llevan 3, 4 y 5 años fuera de casa y ese esfuerzo se pierde.

—No nos motivan para esforzarnos.

—Yo creo que la sociedad actual no sabe lo que es el esfuerzo, la gente se cree la leche por hacer mínimas cosas. Por lo general pienso que es una sociedad que cree que se esfuerza mucho y se esfuerza una mierda. Por lo general, eh, que hay gente que no.

—Y que no están haciendo el vago, porque es que hay gente que... el comentario que más oigo es "para qué me voy a ir de casa", "para qué voy a estudiar", "para qué me voy a buscar la vida".

—Para qué nos vamos a quejar...

—Si no nos van a escuchar. Para qué terminar los estudios, la carrera, si vas a acabar en el paro. Nos desmotivan, y a la gente joven hay que motivarla.

BILBAO, MIXTO, 18-20, MEDIA-ALTA

Un aspecto que impide ese proceso de crecimiento es que en ocasiones se demanda que la motivación sea externa, surja del mismo sistema que ha procurado el clima desmotivador. En lo que a la educación se refiere, la referencia directa es la familia, a la que se atribuye una actitud sobreprotectora que dificultaría la asunción del valor esfuerzo (en unos hijos, por otro lado, plácidamente instalados en el cómodo clima familiar).

También se exigen responsabilidades al poder, a los que nos gobiernan y a las figuras públicas relevantes (incluso artistas, escritores o deportistas), en quienes no se percibe la ejemplaridad debida. Así, observar cómo muchas personas socialmente relevantes alcanzan su estatus por vías alternativas al esfuerzo (fama, escándalo, dinero, relaciones, etc.), y cómo no pocos gestores y gobernantes transmiten mensajes más que dudosos, parece legitimar la convicción de que para alcanzar determinados objetivos ligados con el éxito no es necesario el esfuerzo, sino tener ciertas habilidades sociales y una parte de suerte. Es entonces cuando se señala que no se aceptará la exigencia de esfuerzo cuando desde los ámbitos de referencia social no se cumple con lo que se demanda. El argumento sobre las consecuencias deviene claro, según explican los y las jóvenes: si no les exigimos a ellos, cómo nos vamos a exigir como nación; y si no nos exigimos como nación, por qué me voy a autoexigir.

—Miras hacia arriba, el tema político, ves el mamoneo que hay y dices, joder, yo aquí trabajando como un cabrón... Esto creo que empieza a crisar un poco a nosotros, te desmotiva. Hablando muy mal, estoy aquí, me lo he currado y este hijo de puta no

tiene ni idea y no podré acceder ahí nunca. Te desmotiva. Estoy haciendo administración de empresa, y perfecto. Pero hay unos dinosaurios ahí... Y no pueden ser referentes los estafadores. Antes estaba la frase de, sigue así y llegarás a ministro. Ahora nadie quiere ser ministro. La clase política te hace pensar que ese camino que te están marcando hay gente que no lo ha seguido... No sé cómo explicarlo, yo creo que hay que empezar a revolucionar esto.

BARCELONA, CHICOS, 21-24, MEDIA

—Te están exigiendo a ti unos estudios... que ellos no tienen y que no han llegado a ellos... entonces es como... no sé... [...]

—Pero eso también es como reaccione el niño, porque puede haber dos tipos de personas, de jóvenes, me refiero. Puede haber los que reaccionen y digan: ¡Madre mía! Lo que tenemos ahí arriba y digan que no saben cómo puede estar ahí... Y otro que diga: ¡Ah! Pues me parece gracioso llegar a ser como él, no llegar a ser como él, pero... Ya tenerlo de ejemplo...

MADRID, CHICAS, 16-17, MEDIA

Por otro lado (y esto enlaza con esta última idea señalada), discursivamente existe una visión crítica del país y de sus ciudadanos, como también hemos apuntado al hilo de la normatividad. Visión de una sociedad “vaga y fiestera” (en sus propias palabras), tendente a evitar el esfuerzo y a disfrutar de los placeres del ocio y el tiempo libre. Es un evidente estereotipo, cercano a la caricatura (y además alejado de lo que reconocen como propio), que sin embargo cala de forma importante en los argumentos, fundamentalmente cuando se observa y analiza la sociedad española frente a otros (ejemplo actualmente recurrente, es el estereotipo alemán, por representar, en el imaginario colectivo, los dos extremos de la realidad de la Unión Europea).

—Nosotros [los españoles] somos más vagos.

—Sí, mucho más parados.

—La hora de la siesta...

—Ahí se pegan doce horas currando y no se quejan.

—Queremos vivir bien con poco [...]

—Moderador: ¿Cómo casa eso que estáis diciendo de que en España somos menos trabajadores pero que es muy importante el esfuerzo?

—Tú no puedes implicar a las demás personas, por ti intentas dar el esfuerzo que quieres dar. Pero la gente tiene esta idea de España.

—Quieres o no, también he visto personas que trabajan, estudian, tiene a su familia enferma y están por ellos, pero a una persona normal también le gusta tener su hora para él, estar con sus amigos, desconectar de sus obligaciones.

BARCELONA, MIXTO, 18-20, MEDIA-BAJA

En términos del conjunto de la sociedad, muchos jóvenes ligan el esfuerzo a diferencias de clase. Se asume que las clases trabajadoras no conseguirán nada sin esfuerzo, pues es la única herra-

mienta que tienen (carecen de poder, de redes de relaciones, incluso de voz). Para ellas, sólo el esfuerzo procuraría un éxito, traducido en estabilidad, promoción social, o en la mera subsistencia. Sin embargo, paradójicamente, se puede señalar que el esfuerzo en las clases bajas tiende a ser fútil, intrascendente, seguramente porque se tiende a ser leído desde la perspectiva del éxito de las clases más acomodadas³.

En cualquier caso, como resultado de este planteamiento de clases, y sobre todo en relación a las estrategias de promoción y ascenso social, algunas voces señalan la necesidad de añadir al esfuerzo una dimensión moral. Es decir, la exigencia de progresar de forma éticamente aceptable, no a costa de los derechos de otros. Esta perspectiva, en ocasiones, no parece encajar con la visión de una sociedad capitalista, despiadada, competitiva y hostil. Fundamentalmente porque el esfuerzo tiende a interpretarse desde el individualismo, y porque se asume que la necesidad hace inestable la competitividad. Frente a esto, la perspectiva *bienpensante* del esfuerzo sitúa dicho valor en el centro de los principios que pueden sembrar la semilla del cambio social.

—El esfuerzo es al revés ahora, los que más ganan son los que menos se esfuerzan, y los que menos ganan son los que más se esfuerzan. Y tendría que ser al revés.

—Sí.

—Sí, pero en este caso, los que estamos abajo, si no nos esforzamos no conseguiremos nada [...]

—Es que no es sólo el esfuerzo, tiene que haber un equilibrio que nivele la balanza; depende de tu moral, a quién esté dispuesto a putear, lo que quieras ganar, si quieres hacer un bien común, si quieres tu bien propio, o si sólo quieres pasta. El esfuerzo es lo que te impulsa a hacer actos buenos o malos. Yo no digo que tener mucha pasta sea estar en buena posición, ni mucho menos. Valoro mucho la moral y ahora, si tuviese muchísima pasta y si la hubiera ganado de esa manera, me sentiría una mierda.

MADRID, CHICOS, 16-17, MEDIA

La rebeldía

Igual que ocurre respecto al compromiso y el activismo social, en líneas generales se asume que el miedo (a perder lo que se tiene, a ser señalado, etc.) procura un inmovilismo que en muchos casos impide la rebeldía. Precisamente en una coyuntura en la que se asume que la rebeldía es un valor más necesario que nunca, al tiempo que se interpreta que es más difícil que nunca ponerla en práctica, como consecuencia de las omnipresentes inseguridad y desconfianza. Además, el imaginario colectivo atribuye a la sociedad española una suerte de carencia en este sentido, derivada del acomodamiento, el presentismo y el hedonismo, que parecen despojarla de la ca-

3. A lo largo del estudio *Crisis y contrato social, los jóvenes en la sociedad del futuro* (Rodríguez y Ballesteros, 2013), y fundamentalmente a partir del análisis clúster recogido en "Jóvenes y diversidad ante un futuro condicionado por la crisis" (Rodríguez y Ballesteros, 2014), se muestran las diferencias de clase en las expectativas y la manera de encarar el futuro, existiendo grupos más desmotivados y bloqueados, y otros más asentados en el camino a seguir (por falta de problemas o por convicciones para abordar la situación).

pacidad de “lanzarse a las calles” ante la injusticia y la desigualdad; un resultado de resignación que tiende a contraponerse con los países vecinos, como Francia, ejemplo recurrente de actitudes de protesta (Rodríguez, Ballesteros y Megías, 2011; Rodríguez y Ballesteros, 2013).

Cierto es que en los últimos años, y sobre todo a partir de movimientos como el 15-M, la presencia en las calles ha sido mayor y más constante. Pero la realidad es que el discurso mayoritario tiende a observar tales acciones casi como un brindis al sol, despojado de auténtico calado y contenido transformador⁴. Crítica que seguramente resulta difícil de definir, pero que en cualquier caso tiene que ver con la exigencia de resultados palpables inmediatos, sin los cuales el ejercicio de la protesta parece inútil.

Este planteamiento hace que la rebeldía sea analizada desde la desconfianza, como alternativa complicada, como una opción a la desesperada que, si se puede elegir, no se toma. Con el añadido de que, generacionalmente, se entiende que puede elegirse no ser rebeldes: porque “no se está tan mal” (como otros, que sí deben rebelarse), y “porque se ha sido educado como una generación acomodada que, incluso en la coyuntura más complicada de la historia reciente de España, no parece encontrar motivos para la rebeldía” porque ésta se asocia a la lucha por la subsistencia, y ésta ya está garantizada por la seguridad del núcleo familiar. La autopercepción como sujetos dependientes parece alejar del impulso rebelde y de la asunción de responsabilidades que se proyectan sobre el universo de los adultos.

—En mi caso tengo a mis padres, tengo comida. Cuando no pueda comer y no tenga un techo donde vivir... entonces realmente me quejaré.

—Pero no te creas, la gente, cuanto menos dinero tiene, menos voz tiene.

—No creo yo. Lo que pasa es que te manifiestas y nunca pasa nada ¿Cuánta gente se ha manifestado para lo de los desalojos? ¿Cuándo lo han cambiado? Cuando se suicidaron.

—Tiene que haber un problema fuerte para que hagan algo. Y cuando hacen algo, ya hay una persona que ha muerto.

—Somos todos iguales, ellos hacen algo cuando ven que la gente está realmente mal, nosotros somos iguales. Es lo que hablábamos antes, cuando todo está bien, nadie se queja, cuando estamos mal es cuando nos quejamos. En mi casa había buenos sueldos, nadie se quejaba. Ahora nos quejamos, cuando no tenemos. Nosotros somos, en parte, iguales a los políticos.

BARCELONA, MIXTO, 18-20, MEDIA-BAJA

De nuevo conviene destacar la evidencia de que en los últimos años se ha producido una importante emergencia de movimientos juveniles (y no tan juveniles) de protesta, activismo y partici-

4. En cualquier caso, los movimientos como el 15-M son observados con mucha más simpatía que la política tradicional (Moreno y Rodríguez, 2013: 229).

pación, se ha multiplicado la presencia en las calles, y parece haberse intensificado la vigilancia al poder; todo ello además al calor de las posibilidades que ofrecen las redes sociales y las TIC. Y esto seguramente cale en una nueva conciencia de lo que supone ser ciudadanos y ciudadanas, que habrá que ver si tiene continuidad cuando vengan “mejor dadas”. Digamos, por ello, que sí es cierto que se percibe una mayor conciencia crítica, y que se ha generalizado la protesta y la queja como síntoma de la crisis, del malestar⁵.

En todo caso, es importante señalar que, en el discurso mayoritario de los y las jóvenes, estas reflexiones se mueven entre la incredulidad y el cinismo, instando al tiempo a la actitud crítica y a cumplir con la norma y respetar la autoridad, alejándose por tanto de lo que simbólicamente se interpreta como ser rebelde. A veces la rebeldía tiende a confundirse con la libertad de expresión, que por ser un derecho asumido como parte de la democracia no se cuestiona, pero que tampoco se observa como un elemento transformador. De hecho, esta circunstancia queda en evidencia cuando se emiten ideas tan paradójicas como la que refleja la frase escuchada en un grupo: “somos más rebeldes porque hay más libertad”, con olvido de la posibilidad de invertir los términos de la correlación.

No es infrecuente una rebeldía controlada, inofensiva, alejada del cuestionamiento del poder, inocua... Mientras, se traslada al círculo socializador más cercano (la familia, las redes de amistad, la escuela) la decisión de hacer “lo que quiero”. En este punto, los propios jóvenes señalan la inconsistencia de una rebeldía mal entendida, la que tiene lugar en contextos como el ocio, y que carece de sentido más allá de la puntual autoafirmación; una caricatura de capacidad transformadora, tan inmediata como voluble e insustancial.

—Más que la rebeldía en sí, es importante ser crítico. Si eres crítico no es que seas rebelde, vas en contra, pero no hace falta que quemes un container. No sé qué se entiende por rebeldía.

—Es importante tener un fundamento contra lo que te estás rebelando.

—Claro, no por diversión.

—[...]]

—Eres más rebelde de mentalidad que de acción. Lo piensas pero muchas veces no lo haces por eso, porque vas a las normas.

—[...]]

—Yo creo que ahora somos más rebeldes porque hay más libertad que antes.

—Libertad ahora, ninguna, nos tienen controladísimos.

—Creo que una persona que vivió el franquismo no tenía libertad.

—Pero no tenían tantos medios entonces.

5. Cuando se están terminando de redactar estas líneas se conocen los resultados de las elecciones europeas que vienen a confirmar lo que aquí se dice y que ya había sido adelantado en otros textos (Rodríguez y Ballesteros, 2013; Gentile, Sanmartín y Hernández, 2013): emergencia de partidos “rupturistas”, fin del bipartidismo, aparición de la “nueva política”, operativización de los movimientos sociales...

—Digo que una persona que vivió en aquel entonces ahora no será tan rebelde porque él no tenía tanta libertad. Nosotros hemos sido libres siempre, y creo que somos rebeldes por ese motivo.

—Porque queremos más libertad. Cuando quieres una cosa, quieres más.

—Claro.

BARCELONA, CHICOS, 21-24, MEDIA

La rebeldía entendida como respuesta a una necesidad primaria, se proyecta sobre “los que están peor” y “no tienen nada que perder”. De ese modo, no pocos jóvenes parecen autoposicionarse en una tierra de nadie en la que ni los posibles riesgos compensan una actitud rebelde (que además se asume inútil por inoperante e inofensiva), ni las necesidades son tan grandes como para justificar una rebeldía que no valore las consecuencias.

—Está claro que todo está en las manos de cada uno. Estamos a la expectativa de lo que pasa, de lo que están haciendo los demás.

—Ese es el problema. Yo no tengo nada que perder, lo veo así. Y creo que como yo, casi todos. Que mi aita lo vea de otra manera, pues sí, él sí tiene muchas cosas que perder.

—Si yo no tengo nada que perder, ¿por qué no intento hacer algo, si sé que me voy a quedar igual que estoy ahora? [...]

—El miedo.

—Luego crees que no vas a conseguir nada.

—Que te vas a manchar para no conseguir nada, para llevarte otro chasco

—También, ¿quién va a escuchar de allí arriba a los jóvenes?

—[...]

—Tenemos una conciencia pero no actuamos.

—O esperamos a que alguien actúe.

—Es dar el primer paso, como todo.

—Pero a ver quién lo da...

—Yo creo que debería darlo alguien que esté más para arriba de todo esto. Alguien que sí pueda tener algo que perder.

BILBAO, MIXTO, 21-24, MEDIA-BAJA

También tiene presencia un estereotipo que sitúa a la rebeldía al margen del sistema, de la normatividad, de lo aceptable (más bien de lo aceptado), de la “normalidad”. Es la rebeldía que directamente se asocia con la violencia, con el vandalismo y con el enfrentamiento a la ley⁶. Y sin embargo, cuando se maneja este estereotipo de la rebeldía violenta, en ocasiones se señala que precisamente son esas personas, rebeldes y asociales, “quienes sacan las castañas del fuego”,

6. Ya hemos visto que, en relación a la justificación de comportamientos, las opciones relacionadas con conductas violentas y de enfrentamiento con la ley, son las que más rechazo generan (*Jóvenes y valores (I). Un ensayo de tipología, op. cit.*)

quienes dicen lo que mucha gente querría y debería decir, quienes generan la fuerza necesaria para provocar algunos cambios; porque, además, tienen motivos. Rebeldía, por tanto, que no encuentra lugar entre las cosas que componen el deber ser social, pero que, al mismo tiempo, actúa como espejo en el que se reflejan las miserias del sistema.

—En general, la gente pasa. Sólo hay unos pocos que son los que se rebelan.

—Que son los... los apartados de la sociedad.

—Sí.

—Moderador: ¿Sí?

—Sí.

—Sí, es como de escucha esos dónde van que... Qué se creen que van a ser... Se creen que van a ser...

—Aquí los perroflautas... En realidad son los únicos por los que de verdad... Yo creo que por ellos son por los que tenemos derechos y esas cosas, porque si no fuera por esas personas... que se rebelaran y dijeran lo que piensa la mayoría. Si todos fueran como todo el mundo, que se callaran y aceptaran que...

—Harían lo que quisieran. Esas personas por lo menos dicen no.

CÓRDOBA, CHICAS, 18-20, MEDIA

Quienes se alinean con estos argumentos justificativos (una minoría, al menos en el discurso), entienden la rebeldía como autodefensa, precisamente frente a la violencia que ejerce el poder que, desde lo formalmente correcto, ataca los derechos sociales, civiles y ciudadanos, de una manera soterrada y siempre desde posiciones de ventaja; sería una rebeldía entendida como un ejercicio de respuesta y como un intento de "hacerse respetar", toda vez que los cauces de participación y protesta que el propio sistema institucionaliza se asumen como inútiles.

Incluso sin aceptar planteamientos de trinchera o lucha callejera, que nacen de sentimientos exasperados de indefensión y desamparo, existe una apreciación de la rebeldía como derecho colectivo. Pero la dificultad para participar de esa visión transformadora de lo colectivo, y la contaminación de individualismo y el efecto inmovilizador del miedo, diluye esa visión colectiva y hacen que la mayoría de las veces, todo se traduzca en intenciones.

—Rebelarte contra algo que está mal me parece un derecho.

—Cada uno tiene derecho a expresar sus opiniones.

—No sería rebelarse contra algo que a ti te parece mal, sino contra algo que a todo el país le parece que está. Sería algo bien visto y necesario.

—Si no nos rebelamos no cambia ningún sistema.

MADRID, 16-17, CHICOS, MEDIA

Finalmente, frente al discurso que monopoliza el valor rebeldía en torno a todos los elementos señalados, algunas voces, las menos, interpretan este valor como una opción vital que persigue re-

marcar la individualidad (que no el individualismo), cuestionar los convencionalismos cotidianos, los lugares comunes del imaginario colectivo y los condicionantes y expectativas sociales.

–No ir a la universidad es rebeldía; la rebeldía no es eso de quemar containers.

BARCELONA, CHICOS, 21-24, MEDIA

4.3. RECURSOS PARA EL FUTURO

La coyuntura socioeconómica puede llevar a adoptar nuevas perspectivas en relación con los valores y principios que deben guiar nuestros comportamientos, y de hecho así sucede. Esto se plantea de forma abierta cuando se acepta que, para encarar el futuro de la mejor manera posible, es necesario incorporar cambios (en comportamientos, actitudes, predisposiciones, etc.) que ayuden a revertir las circunstancias que han conducido a que la situación sea lo que es; porque, aunque la crisis es económica, el discurso general asume que se inserta en una crisis de valores (como ya señalamos anteriormente).

A pesar de ello, y de la constatación de las cosas que en el presente suponen un cambio evidente en las expectativas, lo cierto es que la visión sobre la posibilidad de aprender, para no volver a tropezar en las mismas piedras, no deja de ser crítica y bastante escéptica. Así, más allá de la convicción de que las cuestiones económicas dependen de ciclos (se tengan o no conocimientos económicos parece manejarse esta teoría), aparece la tantas veces mencionada visión crítica (autocrítica) en relación a la sociedad española. Así se construye la convicción de que, una vez retomado el crecimiento económico, cometeremos muchos de los mismos errores que ahora se censuran (en términos de hábitos y consumo, pero también de los valores y principios que los guían). A la postre, parece que, a pesar del señalamiento de la importancia del sistema de valores en la génesis y desarrollo de la crisis, los auténticos cambios se atribuyen a las cuestiones relativas al dinero y la economía (que son las que deben cambiar, que los valores no lo harán).

Sea como fuere, existe la conciencia de que “algo hay que hacer”, tanto en el corto como en el medio y largo plazo, pero siempre pensando en cómo recuperar el futuro.

Las estrategias de inserción laboral

En lo más inmediato, hay dos tipos de valores que forman parte de un discurso general y que se manejan como medio para adaptarse a las circunstancias, desenvolverse en sociedad y garantizarse un desarrollo adecuado...

Educación/formación

Como ya hemos mencionado (también desde otras referencias bibliográficas: Rodríguez y Ballesteros, 2013), la educación (formal, académica) se entiende como la única fórmula para salir

de la crisis. Cuando menos, la única que intuitivamente se interpreta al alcance de la mano, y además la única que, los jóvenes parecen asumir que está en el ámbito de su responsabilidad. Por ello, la educación se encumbra como necesidad y como valor en sí misma, y responde directamente a exigencias que en estos momentos se sitúan en un lugar destacado: la planificación de las estrategias de socialización e integración, y la tensión que mantiene la alerta y busca las mejores alternativas.

—Creo que de todas formas, la manera de salir de la crisis es empezar de nuevo, con una mejor educación. Sin una base no puedes aspirar a luego lo que tú vales. Da igual lo que sea.

MADRID, 16-17, CHICOS, MEDIA

Flexibilidad/adaptación

Ante la convicción de que “los tiempos han cambiado”, el discurso unánime considera que es imprescindible adaptarse a las nuevas circunstancias y ser flexible en relación a las expectativas, las prioridades, incluso las convicciones. Así, traspasando las fronteras de las lógicas profesionales y laborales, donde flexibilidad y adaptación ya componían parte de lo que necesita un trabajador con posibilidades de promoción, actualmente ambos valores entran de lleno en la esfera de las necesidades personales, como cualidades imprescindibles para sobrevivir y salir adelante en el presente contexto. El problema puede venir cuando la necesidad o exigencia de adaptarse o ser flexible se realiza, o pretenden que se realice, respecto a cuestiones del ámbito de los derechos, los principios, la ideología o las creencias, en un ejercicio asimilable a perder parte de la propia identidad para poder salir adelante. Tal circunstancia puede constituirse en motivo de conflicto personal para no pocos ciudadanos y ciudadanas. Pero más allá de esta perspectiva, que no deja de ser personal e intransferible, lo cierto es que el planteamiento general encaja perfectamente en la visión de una sociedad tendente a la relativización, a las identidades volubles, y a las adscripciones con fecha de caducidad, en la línea de la conocida frase de Groucho Marx: “Éstos son mis principios; si no le gustan, tengo otros.”

En cualquier caso, lo cierto es que cuando los y las jóvenes hablan de flexibilidad y adaptación lo hacen en los términos referidos (si bien algunos discursos transmiten ese peso, sobre todo en la línea de los sentimientos de resignación: no podríamos negar que generacionalmente se está produciendo un proceso de aceptación de la pérdida de derechos y conquistas sociales). Los términos en los que se habla de estos valores tienen relación con estrategias educativas y formativas, y se refieren a dos aspectos: por un lado, adaptar las expectativas a corto y medio plazo; por otro, y de forma destacada, contemplar la movilidad geográfica como fórmula de búsqueda de nuevas oportunidades (aceptación que confronta con la demanda de cierta seguridad o estabilidad).

—Yo creo que ahora la gente se mueve más a la hora de estudiar o buscarse la vida, ya que no tienes en qué ocupar tu tiempo.

—[...]]

—Y la gente se está marchando, pienso, el que pueda.

—Las condiciones que tienes fuera son tres veces mejores que aquí.

—Pero tampoco se puede marchar cualquiera [...] No cualquiera puede marcharse, aunque quieras. Y menos sin tener un trabajo asegurado allí. Dejar todo aquí y marcharte... no sabes si vas a vivir mejor allí que aquí. Si encuentras un trabajo sí que vas a vivir por encima de la posibilidades que tienes aquí.

—Con un colchón te tienes que ir. Sí o sí.

—Si tienes un colchón de dinero, yo con eso me marcharía. Siempre tengo la oportunidad de volver. Y es una experiencia.

BILBAO, MIXTO, 21-24, MEDIA-BAJA

En relación a esta nueva aceptación de la movilidad como realidad asumida, algunas predicciones establecen una relación directa con el nivel formativo: “Los jóvenes con mayor cualificación profesional, más dinámicos y con mayores probabilidades de encontrar empleo en el extranjero serán los más propensos a marcharse del país. Se tratará sobre todo de jóvenes de clase media en busca de empleos ajustados a sus méritos académicos que vincularán sus prestaciones sociales al proyecto migratorio (por ejemplo, quienes tengan una carrera laboral desarrollada en otros países presentarán mayores problemas de carácter formal y administrativo para trasladar derechos y cotizaciones).” (Gentile, Sanmartín y Hernández, 2103: 50)

Las actitudes

Responsabilidad

Siendo el conjunto de la sociedad consciente (los y las jóvenes también) de que la complicada situación de los últimos años es el resultado de dinámicas económicas, políticas y de consumo, en las que los ciudadanos y las ciudadanas han participado, no es extraño escuchar que se asume haber sido actor participe en la génesis de la situación actual. Y aunque lo habitual es trasladar la mayor carga de “la culpa” a quienes tienen el poder y dirigen el sistema (políticos, bancos, grandes empresas), tampoco es extraño escuchar cómo se asumen ciertas dosis de responsabilidad al respecto, siempre bajo el axioma de “haber vivido por encima de nuestras posibilidades” (Rodríguez y Ballesteros, 2013). Ante esta circunstancia, los argumentos coinciden en el hecho de que ese “haber vivido por encima de las posibilidades” se ha producido porque otros, quienes ostentan el poder, no sólo lo han permitido, sino que lo han alentado, generando un modelo de vida que se constituyó (y se constituye aún, pues tiene mucho que ver con el camino marcado) en referente de integración y de normalidad. Así, se distingue entre quien tiene “culpa” (el poder, el sistema, y quien puede tener más o menos “responsabilidad” (los ciudadanos crédulos y acrílicos).

Lo interesante de esta lectura es que los jóvenes son ajenos a esta autorresponsabilización, pues han crecido con el modelo ya asentado, y además desde posiciones absolutamente dependientes y sin capacidad de decisión (ni siquiera de cuestionamiento de un sistema que se les ofrecía como perfecto y cerrado). Pero, al mismo tiempo, sí se están socializando en un contexto

en el que se acepta la responsabilidad de cada cual en la situación presente, y la responsabilidad que tiene cada individuo como ciudadano y ciudadana para que lo que estamos experimentando no vuelva a ocurrir. Es decir, están asumiendo la vivencia de responsabilidad de cada persona frente a lo que ocurre al conjunto de la sociedad pero libres de una carga culposa; algo que probablemente ayude a integrar y asimilar ese valor responsabilidad de una manera menos defensiva que la que adoptan sus padres y madres.

Se acepta que la responsabilidad será un valor esencial para procurar la mejor convivencia y para que la sociedad se desarrolle de la mejor manera posible. Otra cosa es respecto a qué se materializa esa responsabilidad. Porque, como ya se ha señalado en más ocasiones (Megías y Elzo, 2006; Megías, 2010), a la hora de cargar de sentido al valor responsabilidad, se diferencia claramente entre el universo de lo juvenil y el de lo adulto.

Mientras la esfera de las responsabilidades juveniles (casi entendidas como tareas) se limita al ámbito de los estudios y, en menor medida, al del comportamiento familiar y social, es difícil que se asuma la plena responsabilidad, la que corresponde en toda su dimensión a los ciudadanos y ciudadanas, que de esta manera se verá aplazada. Muchos jóvenes parecen estar a la espera para asumir y ser consecuentes con su papel y su responsabilidad.

—Moderador: *¿Cuál pensáis que es vuestra responsabilidad como ciudadanos?*

—*Lo que sea para dejar mejor sitio.*

—*Dejar un futuro a nuestros hijos.*

—*Sí.*

—Moderador: *¿Y a día de hoy?*

—*Luchar para sobrevivir.*

—*Sí.*

—*No se puede hacer más.*

—*[...]*

—*No sé, es formarse por mi parte. Quiero formarme y trabajar, pero es que no hay más. Tampoco me puedo formar de lo que a mí me gustaría porque no tengo dinero para poder pagarlo.*

—*Responsabilidades ahora no tenemos ninguna. Estudiar para algún día poder trabajar.*

BARCELONA, MIXTO, 18-20, MEDIA-BAJA

—*Ser responsable es un grado de la madurez. Si te piden que hagas algo, lo harás bien y de manera correcta dependiendo de lo maduro que seas.*

—Moderador: *¿Cuál sentís que es ahora mismo vuestra responsabilidad?*

—*Estudiar.*

—*Estudiar sobre todo.*

—Terminar los estudios.

—Yo estoy estudiando porque quiero, la responsabilidad de un chaval es ser feliz hasta que tengas algo de lo que ser responsable de verdad.

MADRID, CHICOS, 16-17, MEDIA

Al mismo tiempo, los jóvenes tienen la percepción de que el papel que les atribuye el *statu quo* en ocasiones tiende a ser injusto con ellos. Principalmente porque les aleja de la capacidad de participar en lo colectivo, de decidir, de la autonomía y la autogestión; es decir, se les despoja de las herramientas para consolidar la madurez y la responsabilidad que se les exige. Una reacción no infrecuente tiende a consolidar ese *statu quo*: mientras se escenifican las conquistas en escenarios intrascendentes, ajenos al poder y la responsabilidad adulta (fundamentalmente en el ámbito del ocio y tiempo libre), el aplazamiento de más completas responsabilidades no preocupa; y las personas adultas tampoco se preocuparán porque reconocerán que sus hijos e hijas se comportan como gente normal de su edad.

—Estamos creciendo demasiado rápido. Y eso todos, que nos creemos mayores, cuando no somos mayores. Tenemos dieciséis, diecisiete años y vamos a las discotecas de dieciocho y nos creemos mayores.

—Las cosas son así. Eso antes no pasaba, creo...

—Ya.

—... bueno, sí, pero no tan exagerado.

—Ya, pero es que la cosa es que te paras a pensar y dices: ¡Sí, es verdad! Pero es que lo vas... lo vas a seguir haciendo.

—[...]

—A ver, si no es cambiar de identidad. Sin hacer daño a nadie, pero eso son cosas leves, o sea, que tú tienes ya unos valores inculcados en los que sabes... en los que sabes ya diferenciarlos. Pero el problema está en la gente que no sabe diferenciarlo desde chiquititos... porque cada familia tiene una mentalidad.

MADRID, CHICAS, 16-17 AÑOS, MEDIA

Observando la responsabilidad desde el plano más individual, obviando en este caso la gestión de lo colectivo, a partir de la asunción de que cada cual es responsable (o debe tratar de serlo) del camino que traza en su vida, algunas cosas escuchadas en los grupos muestran que en ocasiones resulta evidente la influencia de la clase social. Fundamentalmente en un contexto de crisis, en el que la situación económica personal y familiar condiciona tantos aspectos de la vida. En este sentido, los ejemplos de responsabilidad que se manejan, y la manera de abordarlos, marcan claras diferencias. Mientras para clases trabajadoras y bajas la responsabilidad pasa por procurar la estabilidad (cuando no la supervivencia) propia y familiar, lo que para los y las jóvenes significará asumir las carencias y crear el clima familiar adecuado para superarlas, en las clases altas y acomodadas se hablará de responsabilidad como ejercicio por el que adolescentes y jóvenes pueden ir tanteando su grado de autonomía y su autogestión (en ocasiones a partir de ejemplos totalmente alejados de la realidad del ciudadano español medio, como se ilustra en la cita del grupo).

—Yo he visto la responsabilidad cuando he tenido mi yegua, pero realmente no sabes lo que es hasta que no te independizas.

—Yo creo que la culpa es que no nos cargan de responsabilidades, y por eso no sabemos lo que es. Le haces a una persona responsable de un animal y va a aprender un montón desde pequeño, y no se fomenta nada, la responsabilidad. Es hacer madura a una persona.

—Yo monto a caballo y cuando me compraron la yegua tenía 14 años, y si me iba de fiesta, al día siguiente a las 9 de la mañana tenía que estar en la hípica, encima de la yegua. Eres responsable de un animal, le tienes que cuidar, tienes que competir.

—Y no hace falta tener un animal, simplemente con pertenecer a un equipo.

BILBAO, MIXTO, 18-20, MEDIA-ALTA

Por último, hablando de responsabilidad, cabe señalar que existe un planteamiento instalado en cierto cinismo, que plantea el valor desde un punto de vista formal, como una manera de plegarse al discurso que encumbrará el valor responsabilidad como necesario. Hay argumentos que, aunque explícitamente no se reconozca, ni siquiera en teoría, dejan entrever que lo importante es transmitir que se hace lo correcto; de tal manera que el clima de convivencia no queda alterado, la propia imagen no sufre daño y el sistema de valores no se cuestiona. Por poner un ejemplo que se ilustra en la siguiente cita: “cumplir” en el trabajo aun estando de resaca, en lugar de evitar esa resaca, que en ocasiones puede poner en riesgo a personas que dependen del buen desempeño de tu trabajo.

—La responsabilidad final es algo que vas a demostrar en el día a día. Por muy desfasado que sean, hay gente que tiene la responsabilidad y lo va a hacer. Un ejemplo: los aitas de mi equipo (te hablo de ciclismo) son bastante pesados, y me han visto venir con cara de fiesta, pero me han dejado montar a sus críos de seis años y llevarles a no sé dónde en furgoneta, porque confían en mí.

—Eso es porque te ha salido bien, pero el día que estás de resaca y agotado...

—Es que siempre he cumplido perfectamente.

BILBAO, MIXTO, 18-20, MEDIA-ALTA

Aprender de los errores (el valor de equivocarse)

Frente a pasados estudios sobre valores, en el actual, hemos podido percibir con claridad un discurso que los y las jóvenes manejan con rotundidad y convicción: reclaman el derecho a tomar decisiones, a equivocarse, a elegir, a poder rectificar, a enfrentar los propios problemas. Y lo hacen desde la convicción de que eso propiciará la madurez, responsabilidad y autonomía que tanto se les exige, cuestionando de paso la infalibilidad adulta que ha conducido a la situación de crisis que tanto les afecta. En una sociedad que se ha equivocado en tantas cosas, los y las jóvenes perciben que fueron despojados del derecho a equivocarse, que es como decir del derecho a aprender de sus errores.

—Para mí el patrón lo busco yo. Claro que estás influenciado por padres, sociedad y quien sea, pero también creo que siendo joven te tienes que pegar tus hostias para ver claro qué camino quieres escoger y cuál no.

BARCELONA, CHICOS, 21-24, MEDIA

—Mi tío está forrao... Y como no quiere que su hijo lo pase mal... y no quiere como que fracase, entonces lo que ha intentado es llevarlo para que no se equivoque, pero... yo pienso que el que se está equivocando es mi tío, ¿no?

—Eso de no dejar que se equivoque... Si te equivocas, a lo mejor aprendes. Si no te equivocas, no sabes si aprendes o no.

CÓRDOBA, CHICAS, 18-20, MEDIA

Todas esas cuestiones compondrían lo que en buena medida entienden por libertad, que se verá constreñida por dos elementos que identifican inmediatamente. Por un lado, la dependencia económica que hace que la estancia en el hogar familiar se alargue en el tiempo (sin mayores conflictos y en torno a un clima de buena convivencia, todo sea dicho). Por otro lado, por esa necesidad de limitar las expectativas vitales y la proyección de futuro, de las que ya se ha hablado en anteriores epígrafes.

Sea como fuere, lo cierto es que es constante la demanda del derecho a tropezar, observada desde la perspectiva de la oportunidad de aprendizaje y crecimiento, y no desde la sobreexposición de los riesgos. Pero, sobre todo, desde el derecho a tomar decisiones propias⁷.

Tampoco se puede negar que la lectura infantilizadora de la juventud también cala entre los propios jóvenes. Así, existe un planteamiento que incide en que adolescentes y jóvenes son empujados a tomar decisiones demasiado pronto (y es mejor evitar eso, para no exponerles a riesgos y fracasos innecesarios), que asume que “incluso con dieciocho años somos inmaduros” y que señala que la sobreprotección de los adultos es “porque quieren vernos bien”.

—Creo que es una de las cosas que no me dejan hacer, aprender de mis errores, en el caso de mi madre. Me quiere muchísimo y yo a ella, pero no me deja equivocarme con mis cosas ¡Cómo vas a hacer esto o lo otro! Y no lo hago. Me gustaría hacer ciertas cosas por saber qué pasa, por tener ciertas experiencias. [...]

—Yo no digo si es tu caso, pero los padres, cuando tienen un primer hijo —yo tengo hermano mayor— los errores que han cometido ellos intentan que nosotros tampoco los cometamos.

—[...]

—Son muy protectores, los padres.

—Pero porque quieren vernos bien.

7. A veces, ese derecho a las equivocaciones propias se asimila con imitar determinadas conductas adultas, sobre todo en lo que se refiere a consumos y hábitos: libertad para beber o fumar, para poseer determinados productos, etc.

—[...]]

—Antes aprendías... te daban de hostias. Antes eran más libres, también. Vivían en el pueblo y te dejaban moverte, en la ciudad, si hay delincuentes por ahí...

MADRID, CHICOS, 16-17, MEDIA

En otro plano de análisis, el discurso en relación a asimilar, ser consecuente y aprender de las equivocaciones, también traspasa el plano personal para trasladarse al colectivo, a la sociedad en su conjunto. Así, ante la tesitura de encarar la situación de actual crisis como punto de inflexión para corregir errores pasados y aprender una "lección" como país, los y las jóvenes parecen resignarse a su suerte como generación, pero sí explicitan la necesidad de transmitir el mensaje a quienes serán sus hijos e hijas, sobre quienes proyectan la capacidad de cambio. Perspectiva que en cierto modo no deja de ser una huida hacia delante, pues asume su responsabilidad como futuros educadores, pero descarta su capacidad presente como actores de cambio, y justifica con ello cierto inmovilismo desculpabilizado.

—Tenemos tendencia a ser todos muy pesimistas y tal, pero también lo vemos como una oportunidad de no repetir este tipo de cosas; tenemos la oportunidad de ver todos los errores que han cometido, que son bastante graves, e intentar subsanarlos en el futuro. Es obvio que nosotros estamos prácticamente perdidos, lo único que nos queda es intentar que en un futuro no estén tan jodidos como nosotros.

BARCELONA, CHICOS, 21-24, MEDIA

De todos modos, lo cierto es que la posibilidad de aprender de los errores a partir de la gestión del derecho a tomar las propias decisiones y a equivocarse, es algo que se asume de forma clara y poco discutida desde el plano de lo individual, pero que pierde convicción en su traslación al plano colectivo. Ya vimos con anterioridad que la propia teoría de los ciclos económicos, y la desconfianza y visión crítica sobre la sociedad, propician que el argumento más generalizado tienda a aceptar que "todo volverá, y tropezaremos en las mismas piedras" (Rodríguez, Ballesteros y Megías, 2011).

Además, la escasa confianza en las posibilidades de aprendizaje colectivo parece basarse en asumir una especie de maldad intrínseca a la sociedad, que va de la mano del siempre recurrente argumento de vivir instalados en una constante crisis de valores, ante la que nada cabe hacer como ciudadanos.

—Si la cosa va fantástica, a tu hijo vuelves a decirle como te decían a ti tus padres. Aunque a ti te hubiera costado 6 años y trabajar 20 horas al día, si ves que las cosas van bien, serás como tu padre.

BARCELONA, CHICOS, 21-24, MEDIA

—Volveremos a estar como antes y en 40 o 50 años vendrá otra crisis, seguro, y como somos unos capullos, y nos la comeremos con patatas. Y volverán a estar aquí, seguramente, otros chavales de nuestra edad hablando...

MADRID, CHICOS, 16-17, MEDIA

Hacia el futuro

Ya abordamos brevemente la manera en que las nuevas tecnologías entran a formar parte de lo que se entiende como futuro, influyendo así en los hábitos y actitudes presentes. En este epígrafe final queremos destacar el futuro como valor en sí mismo, más aún por cuanto representa la esperanza frente a un presente caracterizado por inseguridades e incertidumbres. Y, sobre todo, porque, de igual manera que ocurre con las TIC, la identificación social de juventud con futuro es absoluta, algo que sin duda perciben los propios jóvenes.

La idea eterna de que “los jóvenes son el futuro”, tiene diversas implicaciones y lecturas a la luz de lo desgranado en las páginas anteriores. Por un lado, no parece incompatible con la tendencia a alejar en el presente a los y las jóvenes de los espacios de decisión y responsabilidad, a ignorar su voz y sus capacidades en espera de que llegue su momento, que no será otro que aquel en el que pasen a formar parte de los adultos, y dejen de ser el futuro para convertirse en el presente. Con el añadido de que este proceso, además, contribuye a que los adultos actuales eludan parte de su protagonismo como motor de cambio (que quedará en manos de jóvenes con más “energía”, “ganancia”, “rebeldía”...).

Para los y las jóvenes, aceptar que la sociedad (incluidos ellos y ellas, que hacen suyo el discurso general) deposite sobre sus hombros el peso del futuro, supone una carga quizás excesiva, fundamentalmente porque tienen que moverse en el tambaleante suelo que suponen la incertidumbre, la inseguridad, la desmotivación y la desconfianza.

—Yo qué sé, somos los jóvenes que estamos ahora en la base y vamos a intentar sacar a España adelante. Y quieras que no, que nos pidan un mínimo...

—Si te quieres ir a estudiar fuera...

—Yo también lo entiendo... pero piden todo muy rápido y no da tiempo a... digamos, a ponernos al día, ¿sabes?

CÓRDOBA, CHICAS, 18-20, MEDIA

La asociación directa de juventud y futuro, planteada desde las circunstancias presentes, en lugar de servir de elemento motivador, puede llegar a tener un efecto de presión: desde la incertidumbre que les impide imaginar proyectos vitales de largo plazo, es fácil entender lo complicado que puede ser que lleguen a verse como motores del desarrollo social, o puedan imaginarse cómo será una sociedad futura liderada por su generación.

Esto no significa que no se pueda ni se deba exigir a los y las jóvenes responsabilidad presente y conciencia ciudadana. Pero parece necesario entender algunas de las demandas de esas personas sobre quienes se tiende a depositar las esperanzas, y actuar en consecuencia. Y ayudarles a consolidar un sistema de valores para interiorizar, y darles una mínima estabilidad y seguridad presente para proyectarse en el futuro.

No parece probable poder asumir que uno es el futuro si no tiene cierta capacidad para proyectarse en él.

—El problema no lo tenemos tan sólo los jóvenes. Tendrían que empezar a cambiar, también, los mayores.

—Moderadora: ¿En qué?

—En ver las cosas de otra manera, ¿no? Que si nosotros somos el futuro.

—Dinos... Dinos cómo va a ser nuestro futuro...

—Claro.

—...dinos cómo...

—Que nos dejen cambiar, que nos ayuden a cambiar.

MADRID, CHICAS, 16-17, MEDIA

5. RESUMIENDO

Cualquier descripción del campo de valores de una persona o de una sociedad es forzosamente compleja. Son tantos los niveles de lectura, tantas las perspectivas de categorización, que no cabe aspirar a una descripción cerrada; más bien, lo único posible es un formato de análisis que dé cuenta, incompleta pero globalmente, de lo que pretendemos.

En este caso, resumiendo, para analizar la estructura y dinámica de valores en el discurso juvenil, hemos escogido un esquema que nos ha parecido sencillo y, a la vez, operativo.

El contexto social marca el “clima valorativo” general, en el que los jóvenes se mueven, al que se incorporan y que les condiciona (obviamente, es un contexto marcado por la crisis). En este contexto destacan algunos valores que, o relatan el proyecto personal de los jóvenes o definen, casi siempre ambiguamente, su manera de estar en el mundo y su proceso de socialización. Este proceso, ya sea a través de una vía de acomodación o de un intento de ruptura con lo establecido, debe hacerse operativo en el marco de una auténtica revolución en el ámbito de la intercomunicación, y obliga a ocuparse con renovado interés por lo colectivo.

Este desarrollo es el que se resume en páginas siguientes.

Es preciso añadir que, al lector que conozca los abordajes cuantitativos del análisis de valores juveniles no le sorprenderá encontrar ambigüedades, incluso contradicciones, ni mucho menos complejidades. Tampoco hallará ese lector graves desencuentros entre las conclusiones extraídas de las cifras de una encuesta y las elaboradas a partir del análisis de los discursos. Las posturas y elementos básicos pueden reconocerse a través de una u otra fórmula. La diferencia es que la encuesta hace emerger y pone cifras a las posiciones minoritarias, les da carta de naturaleza “oficial”, y en el caso presente lo que se sitúa en primer plano, con rotundidad, es el discurso dominante; los emergentes minoritarios, aplastados a veces por él, deben ser buscados o interpretados, pero ahí están.

CRISIS Y VIDA LOW COST

Resulta evidente que desde 2008 la crisis económica inunda todos los aspectos de la vida en sociedad, entre ellos los valores dominantes. Tanto es así, que resulta común escuchar a los ciudadanos y ciudadanas en España, también a los más jóvenes, que asistimos a las consecuencias de una “crisis de valores”. Discurso, por tanto, en clave de pérdida, que hace hincapié en cómo fueron perdiendo importancia social, o haciéndose menos operativos, algunos valores del ámbito del *deber ser* (solidaridad, compromiso, tolerancia, etc.), dando paso al individualismo, el egoísmo y el consumismo, en una dinámica que relegó los valores *deseables* al ámbito de lo *improbable*.

Este planteamiento, que no es nuevo (ya lo hemos visto en anteriores estudios de valores de la FAD), al actualizarse, se acompaña de fuertes sensaciones de desconfianza, desilusión y desafección por las instituciones y la gestión de lo colectivo. Es una postura que tiñe el discurso mayoritario, aunque ya existía antes de la crisis. Así, desde una inseguridad que marca los argumentos, se ponen en suspenso antiguas certidumbres y se revisan a la baja las expectativas no sólo en relación con perspectivas o proyectos personales, sino también en lo que respecta a los valores. Es entonces cuando se asume con resignación la inevitabilidad de estar instalados en una vida *low cost*.

Evidentemente no todas las personas viven igual la crisis; las diferentes situaciones de necesidad marcan de forma esencial las expectativas, y la clase social resulta una variable determinante. Pero incluso los y las jóvenes que capean estos difíciles años de la mejor manera, o tienen el apoyo familiar necesario, reproducen el discurso de que “las cosas han cambiado”, y adaptan a eso sus argumentos. En todo caso, la perspectiva de pérdida incluye la asunción resignada y acrítica del recorte de no pocos derechos civiles y sociales de la ciudadanía. Vida *low cost*, vida en precario.

En cualquier caso, la crítica negativa sobre la situación, y los valores que han cambiado como consecuencia de la crisis, se realiza enfocando a lo colectivo; la visión personal es bastante más benévola, al apoyarse en la autoexculpación (“yo no soy responsable de que hayamos llegado a esta situación”), la autoindulgencia (“yo no estoy tan mal, ni tan en precario”) y la resignación (“poco puedo hacer para que cambien las cosas”).

EL CONTEXTO Y LOS (CONTRA)VALORES

Los y las jóvenes hacen suyo un discurso que pone el acento en los contravalores (entendiendo por ello la ausencia o pérdida de valores deseables) que definirían el presente de la sociedad española, más concretamente de la gente joven.

(In)estabilidad

La fantasía de estabilidad que caracterizaba los años de bonanza económica da paso a la resignación ante la falta de equilibrio, y a la asunción de una vida en precario que encuentra su principal motivo en la dificultad para trazar una trayectoria laboral sobre la que edificar proyectos vitales. Esta situación provoca que la familia se encuentre al límite de su capacidad de ayuda, a pesar de lo cual sigue siendo el único valor que puede contribuir a dar estabilidad. Por todo ello, tras años en que la estabilidad era un valor tan asumido que parecía no ser tenido en cuenta, en el presente entra a formar parte de los valores deseables; la (in)estabilidad es la que socava las expectativas y determina una forma de estar en sociedad.

(In)certidumbre

El pacto social implícito por el que la inversión formativa aseguraba la inserción laboral y la posibilidad de trazar el proyecto vital deseado, se ha roto. Esto implica que ya no valga, o cuando

menos no sea infalible, la hoja de ruta que el conjunto de la sociedad estableció para la adecuada socialización de adolescentes y jóvenes. Sin suelo firme sobre el que construir el futuro, las antiguas certidumbres desaparecen y la inseguridad se constituye en el principio que marca buena parte de las actitudes, comportamientos y expectativas.

(In)justicia

Desde una perspectiva generacional, los y las jóvenes muestran su desencanto ante la evidencia de que su esfuerzo formativo no está dando resultados en términos de integración. Estiman injusta una situación que les coloca entre “la generación más preparada” y “la generación perdida”. De ahí la tentación de desestimar el esfuerzo por inoperante.

Desde otra perspectiva, entre los jóvenes (como seguramente en el conjunto de la sociedad) existe el convencimiento de que el valor justicia ha sido ahogado por una tensión de clases en la que sólo las minorías poderosas tienen la opción de ganar; percepción que se completa con la creencia de que la impunidad es la norma en los corruptos.

(In)madurez

Los y las jóvenes adoptan una visión muy crítica respecto a su propio país; tienden a asumir que España es un país “inmaduro”: los malos indicadores económicos no sólo se deben a problemas estructurales, también tienen su origen en cuestiones referidas a la forma de ser de españoles y españolas.

Esta inmadurez nos ha conducido a una situación de desventaja (por vivir por encima de nuestras posibilidades, por creer a ciegas en el pacto social, por creer en nuestros líderes, etc., etc.), que provoca que seamos incapaces de revertir la situación, y que nos impide aprender de los errores cometidos.

Desde el plano personal, precisamente la madurez resulta clave para entender el discurso general sobre el paso a la edad adulta, de la mano de la responsabilidad personal. Pero cuando la perspectiva se amplía, en ese plano colectivo en el que las responsabilidades se diluyen, reconocer la inmadurez, generacional o social, puede convertirse en un ejercicio catártico que no cuestiona individualmente.

(Des)motivación

La evidencia de que la correlación entre inversión formativa e integración laboral resulta improbable y la percepción de que no existen alternativas provocan una evidente desmotivación entre los y las jóvenes. Desmotivación que tiñe las expectativas de un halo de pesimismo. Lo habitual es sentirse fuera de juego, entre otras cosas, porque el camino que la sociedad acepta como adecuado (estudiar, para trabajar, para poder independizarte y tener una vivienda, para poder formar una familia...) sigue siendo el mismo pese a haber demostrado su falta de efectividad.

En cualquier caso, el inmovilismo no se considera una opción, y las trayectorias formativas siguen siendo la única alternativa. Pero la incapacidad de establecer trayectorias profesionales y vitales que vayan más allá del corto plazo, genera un bloqueo que acrecienta la desmotivación. Es entonces cuando el presentismo deviene actitud vital básica, traspasando las fronteras del ocio y el tiempo libre, donde antes campaba, para instalarse en el conjunto de lo existencial: “no sé qué será de mí más allá del corto plazo y no parece que el esfuerzo vaya a corregir esto.”

(Des)confianza

Mientras la integración social genera confianza, las dificultades para acceder a ella (no digamos el fracaso en el intento) actúan en sentido contrario. No se cree en un sistema mentiroso, que ha defraudado con falsas promesas y que deja sin grandes esperanzas. No resulta sencillo confiar en ese sistema y la actitud, en términos generales y ante muchos aspectos de la vida en sociedad, tiende a ser estar *a la defensiva*.

La desconfianza toma forma en dos sentidos. En el plano colectivo se asume que es difícil abandonar valores generales frente a intereses particulares; en lo individual, se reconoce la tendencia a desconfiar de otras personas como parte de un proceso de protección frente a las decepciones: mejor sorprenderse favorablemente que no al revés. Es obvio que estas actitudes socavan valores como la solidaridad, el compromiso o la tolerancia, cosa que formalmente se reconoce como un déficit social, como algo negativo.

LA RELECTURA (DESDE EL MIEDO) DE ALGUNOS VALORES

Los años de prosperidad económica en España se caracterizaron por una fantasía de seguridad que parecía no tener fin, y que se transmitía a muchos aspectos de la vida. La situación generada por la crisis ha supuesto un impacto notable en la vivencia, actitudes y posturas de buena parte de la sociedad, más concretamente de los jóvenes.

Sobre todo, según reconocen esos y esas jóvenes, se ha entronizado una sensación de miedo ante lo desconocido y ante la ausencia de referentes válidos. Todo ello ha supuesto la redefinición de un conjunto de valores que se reconocían como vigentes y prioritarios, al menos en el plano desiderativo.

Tolerancia

La inseguridad y la desconfianza marcan un cambio de tono en la lectura de la tolerancia. Una sociedad asustada es una sociedad menos tolerante, menos dispuesta a aceptar lo ajeno. En el río revuelto de la crisis los discursos interesados y las posturas radicales encuentran terreno abonado, y explotan con éxito las debilidades y los miedos colectivos.

Por otro lado, sin negar lo anterior, también es cierto que aparece un tipo de tolerancia cotidiana, claramente más efectiva, basada en la empatía con los problemas y las dificultades de otras personas, que ahora se viven más cercanas.

Solidaridad

La percepción colectiva de vivir un momento hostil provoca que, en la contraposición teórica de egoísmo y solidaridad, sea el primero el que gane la partida (siempre en el discurso dominante). Un egoísmo entendido como defensa de lo individual. En esta lectura, igual que pasaba con la tolerancia, la solidaridad se interpreta como un valor deseable pero utópico. Aunque no todas las personas estén en posición de desventaja o deban luchar por la supervivencia, el discurso se generaliza. La solidaridad llega a plantearse desde la exigencia: sólo puedo ser solidario si estoy seguro de que van a ser solidarios conmigo.

Secundariamente, el discurso también señala que, precisamente en épocas de dificultad, se ponen en juego importantes redes de solidaridad ciudadana, en muchas ocasiones para suplir las lagunas del sistema, a las que los y las jóvenes no son ajenos sino que a veces abandonan. Se reconoce una solidaridad próxima y vivida, centrada en la empatía y en la necesidad de compartir dificultades. Y el círculo se cierra, con un nuevo retruécano del discurso negativista, cuando se opina que esas muestras de cercanía solidaria pasarán al olvido cuando España se recupere y todo vuelva a ir bien.

Compromiso

El miedo justifica la inhibición, por el riesgo que supone toda acción transformadora. El compromiso se supedita a las condiciones materiales: se comprometerían más quienes menos tienen que perder. Además, tendría sentido sólo si se garantiza un resultado inmediato de la acción transformadora.

Ante la expectativa de un resultado inmediato, añadida al cuidado de evitar los riesgos, en ese contexto de pesimismo antropológico que a veces muestra la sociedad española (“¿para qué me voy a comprometer, si no voy a conseguir nada?”), el resultado más evidente suele ser la pasividad.

Frente a este planteamiento del discurso dominante, las posturas activamente comprometidas y críticas que son reconocidas se proyectan en los márgenes de la integración social: representan a los y las jóvenes que, o se sitúan fuera de la norma en cuanto a sus capacidades y actitudes personales, o “no tienen nada que perder”, o han optado por situarse al margen del proceso de socialización más normalizado.

Individualismo

No es nueva la percepción de vivir en un país caracterizado por el individualismo. Pero lo que antes se explicaba desde el consumismo capitalista, actualmente se interpreta en relación con la competitividad (por otro lado, también parte del capitalismo), desde una perspectiva de darwinismo social.

Por otro lado, la percepción de fracaso del sistema y del Estado del bienestar y la evidencia de que la red de apoyo familiar se encuentra al límite de sus posibilidades, por un lado exagera esas posturas defensivas individualistas y, por otro, explica esos movimientos de solidaridad de que se hablaba antes.

UN NUEVO ESCENARIO POLÍTICO

Tras varios años instalados en una completa desafección por la política tradicional, los políticos profesionales siguen encarnando la principal representación negativa de esa desafección. Sin embargo, los años de crisis han provocado una cierta inflexión en la manera de encarar la política: actitudes más implicadas, más abiertas a la participación colectiva, que trascienden la concepción de que “la política es cosa de los políticos”.

Se perfila una forma de entender la política como reacción ante cosas que preocupan, más allá de una posición global de adscripción ideológica. Se niegan los *cheques en blanco* a los partidos políticos o a sus representantes, y se tiende a una actitud más vigilante, pese a que, mayoritariamente, se sigue pensando que el cauce de participación ciudadana es el voto; de forma minoritaria pero creciente aparece la reivindicación de cauces de participación ciudadana directa y continua (a través de las TIC, por ejemplo), muy distintos y voluntariamente alejados de los habituales.

EN UN ENTORNO TECNOLÓGICO REVOLUCIONARIO

Las tecnologías de la información y la comunicación, y muy especialmente las redes sociales, redefinen el terreno de juego en el que tienen lugar las relaciones y las estrategias socializadoras. Los y las jóvenes se desenvuelven naturalmente en este terreno, si bien es necesario incidir en el hecho de que el estereotipo de los “nativos digitales” no suele considerar que esa natural relación con las TIC requiere de todo un ejercicio de aprendizaje que forma parte de la educación emocional de adolescentes y jóvenes. Las TIC, el lugar en el que “hay que estar”, y fuera del cual se procuran marginalidades de nuevo cuño, ponen en juego determinados elementos que dan forma a nuevas maneras de entender algunos valores:

Autonomía

Las TIC procuran una nueva manera de gestionar el yo, combinando los contextos *online* y *offline* como dos caras de una misma moneda, complementarias e indisolubles. Todo al alcance de un *click*, en tiempo real, y desde la sensación de independencia que procura la configuración personal de agenda, tiempos, ocio, exposición personal, intimidad, etc. Fundamentalmente frente a los adultos, ante quienes se configura un espacio de menor control.

Acomodamiento

El hecho de tener una ventana al mundo y una fuente de información y comunicación constante desde la pantalla de pequeños dispositivos móviles, encarna en sí mismo lo que generalmente se entiende como progreso. Pero plantea también una consecuencia no tan positiva: el acomodamiento, una cierta desvalorización del esfuerzo personal que las TIC hacen innecesario. También un apagamiento del espíritu crítico y del compromiso activo en la búsqueda de información.

Intimidad

Participar de las redes sociales, y “hay que estar ahí”, implica exponer parte de uno mismo. La intimidad será compartida, ampliable, regulable según voluntad y necesidades; pasa a ser un valor que trasciende la esfera de lo personal y que se sitúa en la gestión colectiva del medio, en la frontera entre el yo *offline* y el yo *online*, entre lo virtual y lo presencial. Precisamente en la definición de esa frontera cobra sentido la intimidad: de un valor absoluto, primario, pasa a la condición de valor funcional para separar y delimitar territorios en clave de intereses, necesidades y circunstancias.

Comunicación

Las TIC procuran una multiplicación de los flujos de comunicación desde la lógica de la acumulación (no perder oportunidades “por si acaso”). Pero las relaciones también se complejizan por el aumento evidente del ruido y de la comunicación intrascendente. En ese sentido, la necesidad de discernir subraya el énfasis en la disección del ejercicio de relacionarse. La comunicación se convierte en un valor de jerarquía antes desconocida, que además influye a la hora de dotar de sentido a otros valores: la amistad, el afecto, el amor, encuentran una nueva dimensión en el terreno *online*.

MIRANDO HACIA EL FUTURO

Los discursos de los y las jóvenes plantean dos modelos ideales, no necesariamente incompatibles, que sirven para entender los valores que se ponen en juego, para encarar el futuro con las mejores garantías posibles.

La vía normativa

La crisis ha truncado buena parte de las expectativas de los y las jóvenes; sin embargo, los elementos en torno a los que se sustenta la normalidad siguen siendo los mismos. Así, los proyectos vitales se siguen construyendo en torno a los mismos elementos (estudios, trabajo, hogar, familia) que antes de 2008. Pese a la dificultad para alcanzarlos, tales elementos siguen dando forma a las expectativas, construyendo una opción casi única, cuando menos normalizada. Circunstancia que provoca una dualidad en la que es complicado encontrar el equilibrio: no debo salir del camino natural, pero las circunstancias me impiden recorrerlo en buenas condiciones.

En este contexto, la clase social resulta determinante, no sólo como apoyo sino como espejo y referente, en un ejercicio que determina de forma esencial la concepción del éxito y el fracaso social.

El camino alternativo

Mientras tanto, otras voces (las menos) defienden que precisamente las divergencias conducen al progreso, y que salirse de ese camino marcado puede suponer la mejor opción para encontrar tu propio lugar en la sociedad y en el mundo.

Frente a la resignación y el desencanto, el **esfuerzo** se constituye en el valor esencial para no rendirse y renovar expectativas. Esfuerzo que, más allá de las lógicas del estudio y el trabajo se constituye en una actitud vital, algo obligada en una coyuntura de dificultad. Además, es la única herramienta a disposición de las clases desfavorecidas.

Sin embargo, cuando el esfuerzo se justifica por sus resultados en el corto y medio plazo, la ausencia de esos resultados puede llevar a desmotivación. Para eludir ese riesgo, frente al esfuerzo puntual por objetivos concretos, se reivindica el sentido del valor como medio de ennoblecer la vida y de, al menos en teoría, corregir los antiguos errores que condujeron al país a la situación de grave crisis.

En una coyuntura en la que se hace evidente que hay mucho por lo que protestar, la mayoría de jóvenes asume que el valor **rebeldía** es más necesario que nunca (al tiempo que muchos parecen resignarse a que el miedo lo convierta en impracticable). En la lectura de bastantes de ellos y ellas, la concepción *resultadista*, la percepción de que nuestra sociedad muestra una incapacidad casi cultural para la rebeldía, convierte al valor en algo deseable pero poco probable por inoperante. Frente a esto la crisis ha provocado que haya movimientos sociales emergentes, que manejan una nueva percepción de la ciudadanía, fundamentada en la conciencia crítica y en una predisposición transformadora activa. Movimientos que se constituyen en el espejo en el que se refleja el conjunto de la sociedad, y que en muchos casos, y de forma generalizadora y tendente a la simplificación y el estereotipo, desde el discurso mayoritario se perciben a los márgenes de la normalidad, encarnados por grupúsculos *extremistas* y *radicales*. Siguen siendo minorías; desde posturas mayoritarias se cree que los y las jóvenes trasladan esa rebeldía a contextos cercanos e inocuos (familia, escuela, ocio), y que la protesta colectiva y el disenso quedan sobre todo en el ámbito de las intenciones.

ESTRATEGIAS DE FUTURO

Sea cual sea la vía escogida para encarar el futuro, los y las jóvenes insisten en la necesidad de articular determinadas estrategias o recursos.

A pesar de constatar el incumplimiento del contrato social implícito, los jóvenes siguen considerando la **educación** y la **formación** las mejores opciones para la integración laboral. Además, asumen la necesidad de adaptar las expectativas a corto plazo, y de mostrar una actitud flexible y abierta frente a las exigencias contractuales. En esta tesitura, el riesgo es que se den por perdidos derechos civiles y sociales.

En otro orden de cosas, ante la idea, que se repite como un mantra, de que “hemos vivido por encima de nuestras posibilidades”, los jóvenes señalan que fueron otros (los poderosos, los gobernantes, el mercado...) quienes posibilitaron la debacle. Así, desde el discurso mayoritario, se despojaría de culpa a la ciudadanía “de a pie”, más aún a los jóvenes, a los que se ve como sujetos dependientes. A pesar de ello, los y las jóvenes asumen que deben socializarse e integrarse en una sociedad que reconozca la responsabilidad individual de los actos, así como la participación de todos en la gestión colectiva. En este sentido, parecen integrar el valor **responsabili?**

dad, en relación a la situación en España y a las posibles soluciones, de forma menos evasiva que sus padres y madres; cuando menos desde la teoría y centrando el punto de mira en la sociedad en su conjunto.

Más que nunca, los jóvenes reclaman su derecho a tomar decisiones, tantear, elegir, rectificar; a enfrentar sus propios problemas, en definitiva. Ante la evidencia de que la sociedad y los adultos se han equivocado, señalan lo injusto que resulta despojarles de su derecho a equivocarse también, para con ello poder **aprender de los errores** y madurar. Al tiempo que contrastan que no hay infalibilidad adulta, observan como esa misma sociedad adulta tiene tendencia a sobreproteger e infantilizar a sus jóvenes, limitando su capacidad de crecimiento personal. Desde una perspectiva social, sienten su responsabilidad como futuros educadores (en el sentido de que sus hijos e hijas aprenderán a partir de las lecciones que ellos y ellas asimilen en el presente), a pesar de lo cual no pueden negar cierta tendencia al inmovilismo, sustentada en una autopercepción como sujetos dependientes.

Finalmente, el conjunto de elementos descritos desembocan en esa propuesta tópica de que "los jóvenes son el futuro". A veces es una frase puramente retórica, que esconde la disposición a mantenerlos al margen de las responsabilidades del presente. Otras veces es una proyección de los adultos que así justifican no asumir su responsabilidad como motor de cambio, por atribuir la energía y rebeldía necesarias a los y las jóvenes. Pero todo ello no implica que la propuesta no sea verdad: el futuro será de los jóvenes.

Es necesario ser conscientes de las dificultades, y la presión, que para los y las jóvenes puede llegar a suponer llevar ese peso del futuro sobre los hombros, precisamente en un momento en el que el suelo se tambalea bajo sus pies. Esa vivencia se transmite a través de sus palabras y sus percepciones, y pone en evidencia la exigencia de conseguir un presente más estable, que permita un futuro más esperanzador; porque no parece posible construir un futuro (propio, pero también del conjunto de la sociedad) si las circunstancias actuales impiden imaginarlo y proyectarse en él.

- Ballesteros, J. C.; Megías, I. y Rodríguez, E. (2012). *Jóvenes y emancipación en España*. Madrid: FAD-Obra Social Caja Madrid.
- Conde, F. y Rodríguez, E. (2001). "Crisis del modelo de pacto social". *Revista Estudios de Juventud*, núm. 54.
- Elzo, J. y Megías, E. (codirs.) (2014). *Jóvenes y valores (I). Un ensayo de tipología*. Madrid: CRS-FAD.
- Fundación Encuentro (2013). *Informe España 2013. Una interpretación de su realidad social*. Madrid: Fundación Encuentro.
- Gentile, A.; Sanmartín, A. y Hernández, A. (2013). *La sombra de la crisis. La sociedad española en el horizonte de 2018*. Madrid: FAD.
- Gordo, A. y Megías, I. (2006). *Jóvenes y cultura messenger. Tecnología de la información y la comunicación en la sociedad interactiva*. Madrid: FAD.
- Lasén, A. (2010). "Mediaciones tecnológicas y transformaciones de la intimidad entre jóvenes". Ponencia presentada en el congreso *Jóvenes construyendo mundos. Capacidades y límites de una acción transformadora*, 14-15 de octubre de 2010. Madrid: INJUVE-UNED.
- Megías, E. (coord.) (2001). *Valores sociales y drogas*. Madrid: FAD.
- Megías, E. (coord.) (2005). *Jóvenes y política. El compromiso con lo colectivo*. Madrid: FAD.
- Megías, E. (coord.) (2010). *Valores sociales y drogas 2010*. Madrid: FAD/Caja Madrid.
- Megías, E. y Elzo, J. (codirs.) (2006). *Jóvenes, valores y drogas*. Madrid: FAD.
- Megías, I. (2014). "Jóvenes, redes sociales y nuevas estrategias y expectativas en torno a las relaciones personales y el ocio". En *El papel del ocio en la construcción social del joven*, Colección de Documentos de Estudio de Ocio, nº 52. Bilbao: Ociogune.
- Megías, I. y Rodríguez, E. (2013). *Jóvenes y comunicación. La impronta de lo virtual*. Madrid: FAD.
- Moreno, A. y Rodríguez, E. (2013). *Informe juventud en España 2012*. Madrid: INJUVE.
- Rodríguez, E. y Ballesteros, J. C. (2013). *Crisis y contrato social. Los jóvenes en la sociedad del futuro*. Madrid: CRS-FAD.

Rodríguez, E. y Ballesteros, J. C. (2014). "Jóvenes y diversidad ante un futuro condicionado por la crisis". En *Metamorfosis, Revista del Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud*, nº 0, Marzo 2014.

Rodríguez, E.; Ballesteros, J. C. y Megías, I. (2011). *Bienestar en España: ideas de futuro desde el discurso de padres y madres*. Madrid: FAD-Obra Social Caja Madrid.

Rodríguez, E.; Megías, I. y Sánchez, E. (2002). *Jóvenes y relaciones grupales. Dinámica relacional para los tiempos de trabajo y de ocio*. Madrid: FAD.

Toharia, J. J. (dir.) (2010). *Pulso de España 2010*. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón.

JÓVENES Y VALORES (II) *LOS DISCURSOS*

